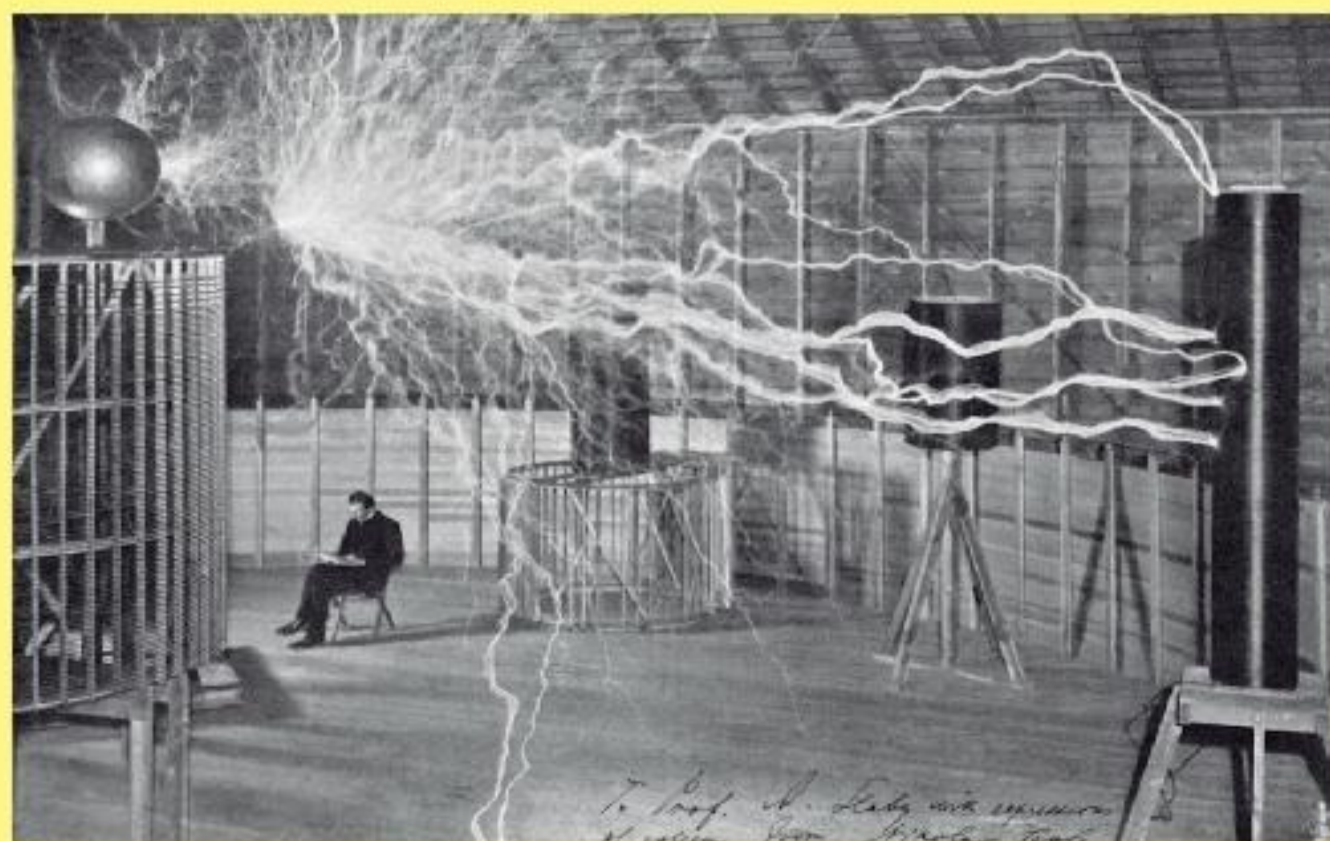


JEAN ECHENOZ

Relámpagos



Lectulandia

Gregor ha inventado y descubierto todo lo que va a ser útil durante los próximos siglos: la transferencia inalámbrica de energía eléctrica mediante ondas electromagnéticas, la corriente alterna, la bombilla sin filamento y la radio, entre otras cosas. Pero, ¡ay!, tiene dificultades con sus asuntos personales, quizá porque la ciencia le interesa mucho más que el beneficio. Aprovechándose de este rasgo de su carácter, otros científicos acabarán robándose todo. Y a Gregor, como única distracción, y ocupación, sólo le quedará la compañía de los relámpagos y el teatro de los pájaros.

Aunque basada en la vida, obras y destino del ingeniero Nikola Tesla (1856-1943) y en los cuentos que inspiró, ésta es una ficción sin pretensiones biográficas.

Lectulandia

Jean Echenoz

Relámpagos

ePub r1.0

Moro 29.07.13

Título original: *Des éclairs*
Jean Echenoz, 2010
Traducción: Javier Albiñana

Editor digital: Moro
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Uno prefiere saber cuándo nació, en la medida de lo posible. Estar al tanto del instante numérico en que todo arranca, en que la trama comienza con el aire, la luz, la perspectiva, las noches y los sinsabores, los placeres y los días. Ello permite disponer de un primer punto de referencia, de una señal escrita, de un número útil para los cumpleaños. Marca también el punto de partida de una pequeña noción personal del tiempo cuya importancia es de todos sabida, tan es así que la mayoría de nosotros decide, acepta llevarlo permanentemente consigo, desglosado en cifras más o menos legibles y aun a veces fluorescentes, fijado con una pulsera en la muñeca, la izquierda con más frecuencia que la derecha.

Pero ese momento exacto Gregor no lo conocerá nunca. Nació entre las once y la una de la mañana. Las doce en punto, poco antes o poco después, nadie sabrá decírselo. De modo que ignorará durante toda su vida qué día, víspera o día siguiente, podrá celebrar su cumpleaños. Esa cuestión del tiempo, con ser tan común, será pues para él un primer asunto personal. Pero el que no se le pueda informar de la hora concreta en que vino al mundo obedece a que tal evento se produce en condiciones caóticas.

Al principio, minutos antes de que aflore del vientre de su madre y cuando todo el mundo se afana en el caserón —gritos de amos, encontronazos de criados, tropezones de criadas, peleas entre comadronas y gemidos de la parturienta—, se desata una violentísima tormenta. Precipitaciones granulosas y muy densas que provocan un fragor regular, afelpado, susurrado, imperioso como si quisiera imponer el silencio, dislocado por cortantes movimientos de aire. Después, y sobre todo, un viento perforante de gran magnitud intenta derribar esa casa. No lo logra pero, forzando las ventanas abiertas de par en par, cuyos vidrios saltan y cuyas maderas comienzan a batir, mandando a volar las cortinas al techo o aspirándolas hacia el exterior, se adueña de la casa para destruir su contenido y permitir que lo inunde la lluvia. Ese viento lo hace bailar todo, vuelca los muebles al levantar las alfombras, rompe y disemina los objetos que descansan sobre las chimeneas, voltea en las paredes los crucifijos, los apliques, los marcos, invirtiendo paisajes y retratos de cuerpo entero. Apaga también todas las lámparas, trocando en columpios las arañas cuyas velas se extinguen al instante.

El nacimiento de Gregor transcurre pues en esa estruendosa oscuridad hasta que un relámpago gigantesco, denso y ramificado, torva columna de aire inflamado en forma de árbol, de raíces de ese árbol o de garras de rapaz, ilumina su aparición hasta que el trueno ahoga su primer llanto mientras el rayo incendia el bosque colindante. Es tal el desbarajuste que se organiza que en medio del pánico general nadie aprovecha el vivo fulgor espasmódico del relámpago, su pleno e instantáneo

resplandor, para consultar la hora exacta, aunque en cualquier caso las péndolas, por mor de antiguas divergencias, hace tiempo que no coinciden.

Nacimiento al margen del tiempo, por lo tanto, y al margen de la luz, pues de ese modo se alumbra la gente por aquel entonces, a base de cera y de aceite, todavía no se conoce la corriente eléctrica. Esta, tal como la utilizamos en la actualidad, tarda aún en imponerse en los hábitos, y ha de pasar no poco tiempo para que se le preste atención. Como para solventar ese otro asunto personal, Gregor la tomará a su cargo, a él corresponderá ponerla en marcha.

Tales venidas al mundo pueden ponerle a uno algo nervioso, por lo que su carácter se perfila muy pronto: receloso, despectivo, susceptible, cortante, Gregor se revela precozmente antipático. Se hace notar por sus caprichos, cóleras, mutismos, arrebatos y actos intempestivos, destrozos, roturas de objetos, sabotajes y otros desperfectos. Sin duda para solventar ese asunto del tiempo que le tiene obsesionado, se dedica en cuanto puede a desmontar todas las péndolas y relojes de la casa, por supuesto para montarlos acto seguido, pero observando no sin rabia que, si bien la primera etapa de tales operaciones funciona siempre, el éxito de la segunda es mucho más infrecuente.

Con todo, se muestra también hartó impresionable, nervioso, frágil y especialmente sensible a los sonidos de manera poco normal, agobiado en demasía por toda suerte de ruidos, rumores o vibraciones, ecos: aunque éstos sean sumamente lejanos, imperceptibles para cualquier otra persona, a él pueden causarle inquietantes arranques de furor. Sufre asimismo serias crisis en el transcurso de las cuales, viendo y reviviendo aun bajo un cielo sereno el relámpago de su nacimiento, presenta accesos de deslumbramiento que le hacen parecer ciego, suscitando el pánico de su familia y los perplejos movimientos de cabeza de los médicos al punto convocados. Sobre ese fondo desordenado, su crecimiento se produce a un ritmo anormalmente rápido, se hace muy alto muy deprisa, y más alto que nadie todavía más deprisa.

Tan tormentoso desarrollo tiene lugar en un lugar del sudeste de Europa, lejos de todo salvo del Adriático, en un pueblo perdido, encajonado entre dos cadenas de montañas y sin acceso posible a médicos del alma cercanos. Gregor recobra el sosiego a ratos contemplando las aves durante horas. Pero si bien tales turbulencias de carácter hacen temer al principio que muden en lamentable locura, sus allegados no pueden sino constatar que su inteligencia se despliega a un ritmo más vivo si cabe que su morfología.

Tras dominar en un santiamén media docena de lenguas, despachar distraídamente su expediente escolar saltándose un curso de cada dos, y sobre todo solventar de una vez por todas el asunto de los relojes —que logra desmontar en un instante, con los ojos vendados, hecho lo cual todos marcan eternamente la hora exacta con un margen de nanosegundos—, consigue un primer puesto en la primera escuela politécnica a mano, lejos de su pueblo, donde absorbe en un abrir y cerrar de ojos matemáticas, física, mecánica y química, conocimientos que le permiten a partir de entonces concebir objetos originales de todo tipo, mostrando un singular talento para esa actividad. Su memoria es en efecto tan precisa como la fotografía recientemente descubierta y, sobre todo, Gregor posee el don de representarse interiormente las cosas como si existiesen previamente a su existencia, de verlas con tal precisión tridimensional que, en el impulso de su invención, no necesita boceto,

esquema, maqueta ni experiencia previa. Al considerar de inmediato auténtico aquello que imagina, el único riesgo que corre, y que quizá correrá siempre, es confundir la realidad con lo que proyecta.

Y como no tiene tiempo que perder, los dispositivos que idea no caen en lo accesorio ni en lo trivial, ni en el detalle. A Gregor no se le ocurrirá nunca perfeccionar una cerradura, mejorar un abrelatas o reparar un encendedor de gas. Cuando le vienen las ideas a la cabeza, surgen raudas de arriba, de muy arriba, de la inmensidad cósmica y el interés universal.

Y así, una de las primeras es la de un tubo instalado en el fondo del Atlántico que, entre otras prestaciones, debería permitir intercambiar rápidamente correo entre América y Europa. Gregor pergeña primero los planos detallados de un sistema de bombeo, encargado de enviar agua a presión por ese conducto con el fin de impulsar los recipientes esféricos que contienen la correspondencia. Pero el problema de la resistencia originada por el frotamiento del agua en el tubo, demasiado fuerte, lo lleva a abandonar el proyecto en beneficio de otro no menos ambicioso.

Se trataría de construir un gigantesco anillo en torno a nuestro planeta, por encima del ecuador y girando libremente a la misma velocidad que aquél. Comoquiera que la fuerza de reacción permitiría inmovilizar ese anillo, podríamos subir dentro y girar alrededor de la Tierra a mil seiscientos kilómetros por hora, admirando sus paisajes, o más exactamente sería ella la que giraría debajo de nosotros; confortablemente acomodados en asientos —cuyo diseño y ergonomía Gregor ha previsto distraídamente, pero con precisión—, daríamos la vuelta a la Tierra en el día.

Como puede verse, no son proyectos de poca monta, pues a Gregor sólo le interesa medirse con amplias dimensiones. Muy pronto, entre éstas, le embarga la certeza de que podría hacer una cosilla por ejemplo con la fuerza mareomotriz, los movimientos tectónicos o la radiación solar, elementos por el estilo —o, por qué no, siquiera en plan de entreno, con las cataratas del Niágara, de las que ha visto grabados en los libros y que se le antojan bastante a su medida. Sí, el Niágara. El Niágara estaría bien.

Entretanto, con sus títulos arrugados en los bolsillos, Gregor marcha a trabajar al oeste, a algunas de las grandes ciudades de la Europa occidental donde sus capacidades, según le han asegurado, hallarán un terreno más fértil para desarrollarse. Ejerce distintas actividades de ingeniero, de experto, de consejero sin que ninguna le satisfaga, y, para hacer algo entre las horas de despacho, construye su primera máquina seria. Se trata de un motor de inducción y corriente alterna de carácter novedoso, que presenta con su habitual arrogancia a sus colegas y ante el cual éstos tuercen el gesto durante largo rato. Al final, tras tragarse la envidia y obligados a admitir que ese aparato podría trastocarlo todo, los colegas se dominan, sobrellevan

su fastidio y le sugieren que no se detenga: tal vez le convendría marcharse más al oeste, donde un terreno nuevo, más rico y abonado, permitiría que sus ideas alcanzaran su pleno desarrollo. Cabe suponer que tales consejos no son del todo desinteresados y que los colegas ven así el modo de deshacerse de Gregor, quien, amén de antipático, empieza a resultar un poco pesado.

Sucede también que, en efecto, incluso pasada la fase en que el crecimiento decae, Gregor continúa creciendo.

Con veintiochos años de edad, y ya dos metros de estatura, Gregor decide tomar un barco hacia los Estados Unidos de América. Desembarca en un muelle de Nueva York provisto de su pasaporte y de su bombín, de una maletita con apenas ropa, de otra con apenas instrumentos, de veinte dólares doblados en un bolsillo y en otro bolsillo una carta de recomendación para Thomas Edison.

Edison es un inventor rico y poderoso, director de la sociedad General Electric y tan famoso universalmente que por ejemplo, en vida, ha accedido ya al estatuto de personaje central de una novela de Villiers de L'Isle-Adam publicada por entregas a la sazón en París en la revista *La Vie moderne*. Autor de mil noventa y tres inventos — sin empacho en atribuirse un buen número de ellos realizados por otros—, reivindica fundamentalmente los del teléfono, el cine y la grabación de sonido, por no hablar de la electricidad, tema que ocupará no poco nuestra atención.

Después de inventar, tras multitud de otras cosas, la bombilla de incandescencia, Thomas Edison ha ideado un sistema de distribución para alimentar esas bombillas e inaugurar, dos años después, la primera central eléctrica del mundo. Al llegar Gregor, ésta suministra ya corriente continua de 110 voltios a cincuenta y nueve clientes residentes en Manhattan, en la periferia inmediata del laboratorio de Edison, pero, para el inventor, eso sólo supone un comienzo: acaba de desarrollar el sistema creando una red que comunica distintas fábricas y manufacturas, así como teatros repartidos por Nueva York. Todo ello está pidiendo a ojos vistas que se amplíe, pero requiere aportación de fondos e inversiones. Sin embargo, los financieros no parecen acabar de calibrar las ventajas de esa electricidad, salvo el más rico de todos ellos, un tal John Pierpont Morgan. Temible, temido por su poder y su endiablado mal genio, John Pierpont Morgan lo es también por su clarividencia: prefiriendo callar y aguardar el momento propicio, ha comprendido enseguida que, tras la invención del tornillo por Arquímedes, esa energía es lo mejor de cuanto se ha descubierto en la historia de las ciencias.

Gregor, con ser muy guapo no obstante su gigantismo, espigado, distinguido, de apariencia resuelta, largo rostro acotado por un elegante bigote, se muestra bastante intimidado al llegar a casa de Edison aun cuando éste no descolle por su físico, y tal vez precisamente por eso. Thomas Edison es un hombre feo, encorvado, desmañado y desagradable, que camina arrastrando los pies, de mirada huidiza, siempre embutido en batas de algodón beige o marronosas, confeccionadas por su mujer y que se abotona hasta la barbilla. Amén de eso, es sordo desde los trece años de resultas de una escarlatina traicionera, obstáculo que no le impidió imaginar y construir, siete años atrás, el primer fonógrafo.

Encima, cuando Gregor se presenta en su casa, Edison está de un humor de

perros: en los últimos días se multiplican los incidentes en las instalaciones que trabajan con corriente continua, tanto en algunas empresas como en domicilios de particulares. Tras acudir todos sus ingenieros a reparar urgentemente la de los Vanderbilt, en la Quinta Avenida, una compañía de navegación acaba de comunicarle en ese instante que las dinamos del paquebote *Oregon*, suministradas por su sociedad, sufren también averías. Al tener que permanecer atracado, la compañía pierde a diario cuantiosas sumas y amenaza con querellarse contra Edison. Este, tan avaro como desagradable, carece de personal disponible cuando Gregor le alarga tímidamente la carta, que expone sus cualidades de electricista. Por si las moscas pero sin abrigar ninguna esperanza, Edison echa un vistazo al papel, sin mirar siquiera al joven, y lo envía a analizar la situación a bordo del *Oregon*.

A Gregor le cuesta lo suyo dar con el puerto y con el muelle donde está amarrado el paquebote, sobre el que vuelan gaviotas que captan su atención, pues siempre le ha interesado todo cuanto vuela, en especial, a saber por qué, palomas de toda suerte, tórtolas y demás familia. Pero, en fin, los gaviones tampoco carecen de interés. Tras mirarlos planear y zambullirse un rato, un hosco sobrecargo le indica el camino de la sala de máquinas, donde se encierra a solas con sus instrumentos. Se pone enseguida manos a la obra y arregla las dinamos durante la noche. Cuando regresa a las oficinas de Edison a la mañana siguiente, éste, sin decir una palabra, lo contrata como ayudante a cambio de un sueldo de botones.

Ayudante, para Edison, significa, lejos de hombre de confianza, peón, criado para todo, y el papel de Gregor consistirá sobre todo en obedecer las imposiciones más diversas. Quehaceres domésticos, incluso caseros, sin derecho a la palabra, asegurando no obstante una guardia permanente para solucionar los percances cada vez más frecuentes que se producen en las instalaciones realizadas por la General Electric. La persistencia de tales averías termina por insinuarse en la mente de Gregor y acrecentar una duda sobre el principio mismo de los equipamientos de Edison, a saber la corriente continua.

Intentemos comprender esa corriente continua. Se trata de una corriente —es decir de un desplazamiento de la electricidad, digamos— en la que los electrones circulan en un solo sentido. Las dinamos generan una tensión bastante débil, lo cual requiere una importante intensidad. De ahí la necesidad de utilizar cables gruesos, con el peligro de pérdidas importantes que ello comporta, pues la resistencia de dichos cables transforma parte de la corriente en calor. Y quien dice calor dice en breve tiempo chispa, ignición, desastre, agentes de seguros y bomberos, es una lata. Por otra parte, la corriente continua no puede transportarse a más de tres kilómetros en esos cables, no aptos para soportar tensiones altas imprescindibles para las transmisiones lejanas. Así pues, es necesario vivir, como los vecinos de Edison, cerca de una central para beneficiarse de la electricidad. Además y por consiguiente, el sistema adolece de graves deficiencias: incendios regulares, averías crónicas y accidentes frecuentes: demandas, juicios, indemnizaciones. Diga lo que diga Thomas Edison, la cosa no funciona.

Gregor, durante sus estudios, ya había detectado que la cosa no funcionaba al observar una máquina de tipo similar que le había mostrado su profesor de física. Como producía demasiadas chispas, Gregor había sugerido tímidamente sustituir la corriente continua por corriente alterna, es decir una corriente que cambiara regular y periódicamente de sentido. El docente se encogió de hombros argumentando que semejante idea entraba en el ámbito del movimiento perpetuo y por ende de lo imposible, de modo que Gregor no insistió.

Ahora que trabaja en la General Electric, Gregor ha apuntado un par de veces la hipótesis de la corriente alterna, pero comoquiera que Edison ruge ante tal evocación como ante la del Anticristo, Gregor sigue sin insistir. Entretanto, por más que haya sabido ganarse la estima de su jefe resolviendo numerosos problemas técnicos, y trabajando siete días por semana a razón de dieciocho horas diarias, ha surgido una duda en la mente suspicaz de Edison: el hecho de que un elemento tan competente, tan entregado, pueda sugerir una solución distinta de la corriente continua, hace nacer y crecer su recelo. Una vez Gregor describe a Edison cómo podría mejorar el

rendimiento de su generador: Bien, le dice el jefe, pues adelante. Cincuenta mil dólares si lo consigue. Gregor se pone manos a la obra, y transcurren seis semanas al cabo de las cuales el generador ha recuperado, en efecto, su plena forma. Gregor se apresura a comunicárselo a su empleador.

Bueno, exclama Edison, repantigado en su butaca, bien, muy bien. De verdad — se inquieta Gregor—, está usted contento. Encantado, declara Edison, muy satisfecho. Entonces, se aventura Gregor sin poder terminar la frase. Entonces qué, lo interrumpe Edison, cuyo rostro se endurece. Hombre, se envalentona Gregor, me pareció comprender que cincuenta mil dólares. Pero bueno, Gregor, le ataja Edison, descruzando los pies apoyados encima del escritorio, ¿todavía no ha comprendido el humor americano o qué?

Esta vez Gregor se ha levantado, se ha encaminado hacia la percha, donde ha descolgado su sombrero hongo, hacia la puerta, que ha traspuesto sin pronunciar una palabra ni cerrarla tras de sí, hacia las oficinas para cobrar su sueldo, y hacia la calle preguntándose qué hará después de esa jugarreta.

Pues muy sencillo, intentará desarrollar en solitario su pequeño descubrimiento de la corriente alterna. Durante los tres años que ha trabajado en la empresa de Edison, ha destacado muy pronto por su rauda eficacia, por la originalidad de sus soluciones y, en breve tiempo, su reputación de ingeniero se ha impuesto más allá del ámbito de la General Electric. Así pues, Gregor se persona en la sede de un grupo de financieros a quienes expone sus ideas. Estado del sistema, crítica del sistema, modo de mejorarlo, plazo seguro y presupuesto exacto.

Y hete aquí, mira por dónde, que las cosas se han desarrollado de modo satisfactorio. Con su don de lenguas precozmente manifestado y su ya buen conocimiento del inglés, esos primeros años americanos han permitido a Gregor adquirir un dominio casi perfecto del idioma, al que se suman una elocuencia innata, un talento para escenificar su discurso y una fuerza de convicción que no dejará de serle de extrema utilidad. Los financieros se reúnen tras marcharse él y convienen en que sin lugar a dudas ahí hay algo. Lo convocan a los dos días y se declaran lo bastante interesados como para proponerle fundar una sociedad a su nombre, la Gregor Electric Light Company, en el seno de la cual podrá desarrollar sus investigaciones. Huelga decir que, al financiarla, ellos serán accionistas mayoritarios, ya sabe usted cómo funcionan estas cosas, pero es conveniente que Gregor inyecte fondos a su vez para justificar el nombre de la empresa y su nuevo estatus. Gregor reconoce que es muy lógico y se deshace de golpe y porrazo de todo el dinero que ha ahorrado durante esos tres años de trabajo en la General Electric: todo, o sea nada, aunque no deja de ser todo. Y como ese todo no es suficiente, ahí lo tenemos pidiendo un préstamo con la mayor audacia.

Lo que vino después también sucedió muy deprisa. En lo poco que le cuesta

inventar una lámpara de arco inmediatamente patentada, fabricada y enseguida generadora de beneficios, en lo poco que les cuesta a sus socios dar un pequeño giro sobre la inversión que les permite ingresar sustanciosos márgenes de beneficio, Gregor se ve expulsado de su propia empresa, que recuperan sus socios, encantados de poder celebrar esos nuevos ingresos con champán y, por lo que a él respecta, de dejarlo totalmente desplumado. De nuevo lo vemos en la calle, reducido a faenas de picapedrero, peón y mozo de cuerda, lleno de deudas en la industria de la construcción, durante cuatro años.

Es otra jugarreta, pero ahora es el rato de asueto y Gregor, que lo mismo en verano que en invierno trabaja en todas las obras, conserva puesto el sombrero hongo. Precisamente estamos en invierno y, para calentarnos, comemos patatas con jamón caliente. El jamón va envuelto en papel sulfurizado en cuya superficie la grasa ha dejado un rastro que reproduce con bastante exactitud la zona de Europa oriental de donde es oriundo Gregor y en la que, al tiempo que mastica, utilizando los trozos de corteza de tocino reconstruye en detalle las dos cadenas montañosas que circundan su pueblo natal, marcándolas con una bolita de miga de pan. De ese modo, a falta de fecha precisa, señala su lugar de nacimiento a un capataz a quien ha caído más o menos simpático, y eso que Gregor no hace nunca nada por inspirar tal sentimiento.

Estamos sentados sobre unos sacos de cemento, en unas cajas de madera, junto a una hoguera de tablas pringadas de yeso en medio de una obra, en una amplia arteria de Brooklyn, a la sombra de los mangos de palas y de picos hincados en un montón de arena. Una empalizada enrejada separa la obra de esa embarrada y tumultuosa avenida cuyos rumores se cuelan por encima de nuestras cabezas y donde se afana un copioso tráfico de transeúntes, jinetes a caballo, carros tirados por bueyes, carretas de mano y ómnibus hipomóviles, vehículos todos que Gregor repasa cuidadosamente aunque de modo maquinal, uno tras otro y según categorías, por el hábito que tiene de contar cuanto se presenta. Circulan asimismo por la avenida esos nuevos tranvías eléctricos que se averían de continuo cuando no vuelcan, aterrorizando a pasajeros y peatones, y de los que se queja todo el mundo.

Nunca funcionarán bien esos tranvías, comenta el capataz sentado junto a Gregor. No se adaptan a las calles. Sí, dice Gregor, tarde o temprano acabarán adaptándose. Todo depende del sistema de energía, eso es lo que no funciona, la corriente continua. Y usted qué sabe de eso, se inquieta el capataz. Es que soy ingeniero, sabe usted, contesta Gregor secamente, ésa es mi verdadera profesión. La electricidad.

Y procede a explicar, en breves frases claras, sorprendentemente inteligibles, los inconvenientes de la corriente continua, cuando un sistema alterno permitiría utilizar transformadores capaces de aumentar y disminuir la tensión. Mediante esos transformadores, podrían enviarse miles de voltios a cientos de kilómetros, tantos cuantos se quisiera, utilizando cables de alta tensión. Débil amperaje, igual a débiles pérdidas, ya ve usted.

Al principio el otro le mira con cara rara, fluctuando entre el curioso sentimiento de comprender con soltura una lengua extranjera y la sospecha de que su interlocutor está divagando, pero, conforme Gregor desarrolla su discurso, la mirada del capataz se va tornando menos inquieta.

Al término del recorrido, concluye Gregor, otros transformadores instalados

donde se hallasen los destinatarios, reducirían la tensión para el utilizador final. De ese modo podría distribuirse la corriente en grandes distancias: no sería preciso vivir cerca de una central para disponer de electricidad. Por eso sería mejor la corriente alterna. Saldría mucho menos cara y funcionaría mucho mejor. Lo mismo pasaría con los tranvías. Pero estaré aburriéndole con mis historias.

En absoluto, contesta el capataz, en absoluto. ¿Por qué?, inquiere Gregor, ¿le interesa esto? No es eso, dice el capataz, es que a lo mejor conozco yo a alguien. Un amigo mío.

El amigo del capataz es sobre todo alguien que conoce a otro o mejor dicho que es empleado suyo, toda vez que ejerce en su casa la función de mayordomo. Pero un buen mayordomo, si es un buen mayordomo, puede convertirse en el hombre de confianza a quien se revelan asuntos ajenos a la intendencia o los quehaceres domésticos, a quien se confiesan sin empacho conflictos íntimos, conyugales o profesionales. Y precisamente el señor de ese mayordomo ocupa un puesto importante en la Western Union Telegraph Company, sociedad dirigida por el empresario George Westinghouse y por añadidura rival de la General Electric de Edison.

Le vienen a la memoria al capataz ciertas charlas de bar con su amigo mayordomo durante las cuales, entre dos pintas, se ha referido a su señor, de quien así ha ido convirtiéndose con el paso del tiempo en confidente. Comentados los asuntos domésticos, y suspiradas alusivamente las sospechas que le inspira su demasiado joven esposa, el señor del mayordomo se ha explayado asimismo sobre ciertos problemas de la Western Union entre los cuales, amén de la distribución del gas y del teléfono, figura la de la electricidad, preocupación capital de George Westinghouse. Y, a ese respecto, recuerda el capataz que las dos palabras pronunciadas por Gregor, corriente alterna, salieron a relucir en la conversación. Si usted quiere, dice el capataz, puedo hablar con ese amigo. ¿Qué podemos perder?

Como sea que Gregor no se opone a tal iniciativa, la información llega en unos días a través del mayordomo a su señor y, quién sabe cómo, al propio George Westinghouse, quien da a entender que, hombre, le gustaría saber algo más. Gregor, en el fondo de su birriático cuartucho, se ve en un brete al enterarse de la convocatoria fijada a última hora de la mañana. No es que dude de sí mismo sino de su apariencia: dado que semejante entrevista requiere vestir más decentemente que en la obra, baja a comprarse puños de camisa y un cuello postizo nuevos, antes de lustrarse los zapatos y cepillarse cuidadosamente el traje y el bombín.

Sede de la Western Union: tras un vestíbulo seguido de varios otros vestíbulos kilométricos —arañas, mármoles, alfombras, estatuas, cuadros, colgaduras— jalonados por ujieres, en un lentísimo travelling aparece por fin George Westinghouse en persona, instalado detrás de un escritorio gótico en el fondo de una estancia con dimensiones de estadio. Hombre mofletudo, alto y corpulento, voluminoso, sin solución de continuidad entre cabeza y hombros, cargado de cadenas de reloj y con mostachos de morsa, parco en palabras. Mirada azul fría, escrutadora sin tiempo que perder, Westinghouse señala a Gregor una butaca con su manaza cuidada, lastrada con un sello de hierro colado.

Sin moverse de la esquina derecha del borde de la butaca, con las manos cruzadas

sobre las rodillas sin recurrir a los brazos ni al respaldo, consciente de que ha de ir directo al grano, Gregor evoca rauda y someramente sus trabajos anteriores —campo magnético rotativo, concepción de una máquina asíncrona—, pero sólo por nombrarlos, los menciona de pasada para a continuación exponer sus ideas sobre la corriente alterna. Únicamente desarrolla ese tema, sin molestarse siquiera en contraponerlo al sistema continuo cuya exclusiva ostenta Edison. Aunque apenas repite la exposición que hizo al capataz, sabe profundizarla de cara a un ingeniero, expone argumentos y cálculos lo bastante concluyentemente como para que se le contrate a prueba, a la media hora de la entrevista, en calidad de consultor. Westinghouse le proveerá de medios para desarrollar su sistema: laboratorio: dos ayudantes, material necesario y salario mínimo, exigencia de resultados a corto plazo.

Solventada esa misma tarde su marcha de la obra, tras invitar a una copa al capataz, Gregor se pone a trabajar a la mañana siguiente y, no remoloneemos, proyecta en pocos meses un motor, un generador y un transformador según su visión. Ensayos y verificaciones, presentación de patentes, aval de Westinghouse y decisión de construir esas máquinas en casi todas partes. Parece que las cosas se encarrilan, por lo visto la vida empieza a arreglarse un poco.

Es más grata y, algunas noches, al salir del laboratorio, Gregor se entretiene un rato en las plazas ajardinadas, sobre todo en Reservoir Park, donde compra una bolsa de palomitas para él y otra de semillas para alimentar a las palomas que frecuentan el lugar. Siempre acude allí solo, pero es que siempre está solo y, a diferencia de sus semejantes, parece mucho más interesado en contemplar esos volátiles que, por ejemplo, a las chicas.

La vida experimenta un giro todavía más favorable cuando Westinghouse propone a Gregor firmar un contrato con la Western Union. Según los términos del convenio y al margen de su sueldo, cobrará dos dólares y medio de derechos por cada caballo de vapor de potencia eléctrica vendida. A primera vista no parece una enormidad, pero no deja de ser algo. Resulta que van a empezar a vender, y en plan serio. Tras la inauguración comercial, hablamos ya de distribuir la corriente alterna polifásica a gran escala para suministrarla a toda Norteamérica. Como cabe suponer, se trata de una operación de envergadura. De un proyecto sin precedentes. De una empresa colosal. Todos los periódicos lo comentan. Edison lee los periódicos.

En fechas posteriores, de siameses a persas, de dogos a doguillos, una notable cantidad de gatos y perros comienza a desaparecer a ritmo anormal en las inmediaciones del laboratorio y de las oficinas de la General Electric.

En efecto, tras leer la prensa, y alertado por no pocos rumores, Edison ha decidido actuar. Frente a la amenaza que supondría para su monopolio la anunciada expansión de la corriente alterna, es importante tender un lazo a la competencia. Conviene alertar a la opinión pública, hacer lo posible para desacreditar esa nueva técnica que puede privarle de un mercado floreciente. A tal efecto, acaba de idear un plan susceptible de conmocionar las mentes.

El que los vecinos de la General Electric se extrañen, inquietos por que sus animales familiares desaparezcan de modo anómalo, es señal de que acaba de crearse un tráfico en el sector. Esgrimiendo amplias sonrisas, los agentes de Edison ofrecen a los chiquillos del barrio comprarles todos los animales de compañía que encuentren a un precio de veinticinco centavos la pieza, cualquiera que sea el estado en que se hallen. Los niños, habitualmente venales, proceden pues a capturarlos a brazo partido, vendiéndolos según lo estipulado a fin de hacerlos objeto de un espectáculo.

Los animales reaparecen amarrados sobre una colchoneta de paja en plena calle, ante el desfile de gente y presentados por un demostrador, para ser sometidos tras un discursito a una generosa descarga de corriente alterna con el resultado que cabe imaginar, pródigo en humos, chispas, chisporroteos y alaridos, olores a carnes calcinadas y rigidez cadavérica. Viva impresión entre los curiosos. A partir de entonces, una vez demostrados los horrendos peligros que entraña esa tecnología, no puede sino denunciarse, condenar sus perniciosos efectos, instar a la población a rechazar que se introduzca en sus hogares.

Al poco, tras juzgarse insuficientes los animales de pequeño tamaño, se decide reanudar la experiencia con ejemplares mayores ante la mirada de auditorios cada vez más nutridos, a la par que subalternos, circulando entre los espectadores, reparten estremecedores panfletos que presentan la corriente alterna, si ello todavía lo requiriera, como un peligro mortal. Y así, son electrocutados en público numerosos corderos, terneros, bueyes y caballos —Gregor observa todo aquello a distancia pero no se impresiona, todos esos mamíferos sacrificados le traen al fresco: mientras no le toquen a los pájaros, no hay cuidado—, total que ejecutan ganado cada vez más voluminoso hasta que se plantean emprenderla con lo máximo, el animal supremo.

Y oportunamente se presenta una ocasión que viene como anillo al dedo. Resulta que en el Luna Parle de Coney Island acaban de condenar a muerte a una elefanta. Esta, llamada Topsy, cuenta veintiocho años, ha trabajado duro toda la vida en los circos y no aguanta ya los interminables ejercicios de equilibrio sobre una pata que le

imponen. Aunque tienen el éxito garantizado, la someten a numerosos ataques de artrosis que no le arreglan el carácter, hasta el punto de permitirle hacer fosfatina por exasperación, en un arrebató, a tres domadores abusivos. Veredicto: pena capital. Primero tenían pensado, para este acto, colgarla —como harán con éxito trece años después con su congénere y colega Big Mary—, luego ofrecerle una fuente de zanahorias aliñadas con cianuro, pero la avispada Topsy no prueba bocado. No saben qué hacer, están en un aprieto. Entonces expone Edison su plan.

Viene como anillo al dedo, pero requiere hacer las cosas a lo grande, y sobre todo perfeccionar el modo de difusión. Thomas Edison, entre mil cosas más, se ha interesado siempre por el cine. Profundamente picapleitos, libra a la sazón una guerra de contratos en torno al nuevo arte. Incluso está produciendo el primer western y película de gángsters del mundo, *The Great Train Robbery*, en cuyo último plano un forajido efectúa un disparo conclusivo sobre el público aterrorizado. Pero al mismo tiempo que se lanza a la ficción, irá cogiendo el tranquillo con el documental.

Filmada por mediación de Edison ante mil quinientas personas, la electrocución de la elefanta se proyectará en todo el país. Allí, ante los ojos de una fascinada multitud, vemos a la tranquila paquiderma plantarse animadamente ante la cámara, alegre como unas Pascuas, si bien con las patas y la trompa conectadas con cables a un generador. Pero Topsy, habituada a las ataduras, no se percata de nada, pues fue capturada al poco de nacer en una selva de Orissa. A continuación, tras hacerla detenerse sobre una placa metálica, sueltan una descarga de seis mil seiscientos voltios. Brotan entonces espesas humaredas de las conexiones enchufadas en el cuerpo de la elefanta, que se desploma al instante como un globo reventado, grueso saco de piel vaciado súbitamente de su contenido, las cuatro patas abatidas hacia los puntos cardinales. Lo que se quería demostrar. La gente aplaude a rabiar.

Mientras Edison se afana, Gregor no pierde tampoco un minuto. Conviene pasar rápidamente a otra cosa. Es incapaz de detenerse ahí y de hacer siquiera una pausa, de limitarse al encargo solicitado por Westinghouse, que acaba de cumplir. Este no era en realidad sino la aplicación de una idea fraguada hacía tiempo, diez años atrás en un parque público de la Europa del Este. Ha tenido que esperar lo suyo antes de plasmarla pero ya, en su mente, es agua pasada.

Y así, sin dormirse con su nuevo sueldo ni dejar transcurrir un poco de tiempo para verlas venir, comienza de inmediato a desarrollar sus lámparas de arco junto con distintos proyectos relacionados con la luz, y entre otras cosas un motor termomagnético, un generador piromagnético y un conmutador para máquina dinamoeléctrica. No es que una causa concreta le constriña a producir, a buscar ideas nuevas y a seguir inventando, sino que le impulsa algo superior a sus fuerzas, siendo a ese respecto y a sus ojos —pues tiene, fuerza es decirlo, un concepto bastante elevado de sí mismo— más imaginativo que nadie.

El que todas sus concepciones funcionen según tenía planeado —los experimentos se desarrollan siempre según sus previsiones— obedece a esa singular disposición, antes de construir una máquina, de verla con entera nitidez en su mente, en tres dimensiones y en todos sus detalles. A increíble velocidad, las piezas de los aparatos se le aparecen entonces totalmente reales y tangibles en cada uno de sus atributos, hasta el proceso mismo según el cual se manifestará su desgaste.

Pero tales aptitudes, y sobre todo esa excesiva intrusión de la realidad en la imaginación, la invasión de la idea tomándose a sí misma por la materia, pueden desligarle a uno un poco del mundo, o en cualquier caso de las personas que participan en un proyecto. Por ello, cuando Westinghouse propone contratar colaboradores al servicio de Gregor, las cosas nunca van bien. Desdeñando soberanamente el tablero de dibujo de sus ayudantes, anteponiéndoles sus construcciones interiores instantáneas, los lleva por el camino de la amargura, infligiéndoles sus bruscos cambios de humor, cargándolos de reproches y dominándolos con su desdén cuando tardan demasiado en entender, sustituyéndolos a un ritmo acelerado cuando no son ellos quienes se marchan antes, batiéndose en retirada. Muy pronto queda claro que prefiere trabajar solo, en presencia de nadie, salvo de su contable.

También queda claro que prefiere estar solo y vivir solo en general, y repasarse a sí mismo en los espejos antes que mirar a los demás, y prescindir de las mujeres pese a lo mucho que gusta a éstas, pues es muy guapo, muy alto, brillante y pico de oro, no tiene cuarenta años, resulta deseable. Si bien no le es indiferente —tampoco es que prefiera los hombres— que las damas se arrimen discretamente a su persona, parece

que hasta ahora no tiene muchas ganas de que traspongan un umbral concreto. Pero eso responde también a ciertos puntos especiales de su carácter.

Carácter por lo demás imposible, algunos de cuyos rasgos, por citar tan sólo dos, tienen demasiado ocupado a Gregor como para dejar un poco de sitio. En primer lugar la extrema preocupación que le inspiran microbios, bacilos y toda suerte de gérmenes, lo que le obliga a limpiar de continuo cualquier cosa que tenga a su alrededor, de modo exagerado y sin confiar jamás semejante tarea a nadie, lavándose las manos antes y después. En segundo lugar, su manía de contar todo, perpetuamente, lo cual es una labor absorbente, perentoria como una ley. Contar los adoquines de las avenidas, los peldaños de las escaleras, los pisos de los edificios, contar sus propios pasos de uno a otro lugar y comparar cada vez los resultados, contar a los transeúntes en las calles, las nubes en el cielo, los árboles en los jardines, los pájaros tanto en esos árboles como en el cielo, en particular las palomas, que constituyen especial objeto de recuento.

Lo único que no cuenta Gregor de modo especial es el dinero, como si éste se hallara al margen de la ley —de ahí la necesaria y permanente presencia de un contable—, Gregor no está para tales cosas. Porque esa actividad del recuento le ocupa tanto más tiempo cuanto que, al no ser únicamente mecánica, invade también la esfera de las emociones: en la infinita multitud de cifras que ocupan su mente, cada una de éstas inspira a Gregor un sentimiento especial, un gusto particular, un color muy propio, sin que nada iguale su afección capital hacia los números divisibles por tres, hermoso número, como es sabido, que funciona en cualquier ocasión. Ajuicio de Gregor, todo cuanto se divide por tres es mejor. Nada tan hermoso para él como un múltiplo de tres.

Generalizadas en todas las esquinas de las calles antes de proyectarse en las primeras pantallas, las electrocuciones de animales crean de entrada vivas emociones, y siguen causando su pequeño efecto, desde luego, pero pronto, aun elefantescas, quizá no son ya suficientes. La gente se cansa enseguida, como es sabido, la futilidad del hombre, etcétera. En vista de ello, Edison y su General Electric comienzan a preguntarse si, ya puestos, la aplicación de la corriente alterna a un ser humano no sería más franca, explícita y espectacular, más apta para conmocionar las mentes y convencer a la opinión pública de sus peligros. Lo único es encontrar un voluntario.

Faltan por supuesto los candidatos, que no se atropellan para sacrificarse espontáneamente. Tras largas búsquedas y discretas pesquisas realizadas en instituciones diversas, asilos, residencias, clínicas, entre sujetos melancólicos y lo bastante hastiados de la existencia como para sentirse tentados ocasionalmente por la sogá, la estricnina, la caída libre, el viejo 45 Long Cok o el más reciente 7,65 Browning, resulta que ninguno lo está lo suficiente como para plantearse los electrodos. Cunde el desánimo, se considera la posibilidad de mandar a paseo el proyecto, hasta que al parecer se da por fin con el hombre ideal.

Ingresado en el presidio de Sing Sing, este primer cliente resulta ser un tal William Kemmler, quien acaba de ceder al impulso de degollar a su pareja con un hacha. Tales prácticas no están bien vistas, ya que el influjo del alcohol no es excusa alguna. Así pues, juzgando nada correcto despedazar de ese modo a su concubina, ha sido condenado a muerte, veredicto con el que el propio Kemmler, en buena lógica, se muestra conforme.

Hasta ahora, en tales casos, se ahorca. Pero Edison, valiéndose de sus relaciones, aduciendo que su nuevo sistema es más humano que el brutal patíbulo, más rápido, más higiénico, se las ingenia para hacer instalar un dispositivo idóneo en el penal. Considerando que ser sometido a tal procedimiento requiere un mínimo de confort, se juzga preferible que el reo esté sentado: en vista de ello se ordena talar y trocear un roble que crecía inocentemente en el patio de la cárcel, y con cuya madera los codetenidos de William Kemmler confeccionan un sucinto sillón. A dicho mueble se fijan dos electrodos revestidos de esponjas húmedas, conectadas a una dinamo modelo Westinghouse, obtenida clandestinamente. Y a las seis de una mañana de agosto, en un cuarto paradójicamente iluminado con gas y en presencia de una veintena de testigos, periodistas, sacerdotes y médicos, se acomoda a William Kemmler en el flamante asiento.

El primer intento de ejecución fracasa: tras una descarga eléctrica de mil voltios, administrada durante diecisiete segundos, Kemmler sigue vivo. Es deseo de todos, por descontado, repetir la operación cuanto antes, pero el generador requiere cierto

tiempo para recargarse. Por lo tanto hay que esperar un buen rato, fastidioso intervalo durante el cual se oye gritar y gemir a Kemmler, horriblemente abrasado, lo que produce un excelente ambiente en el local. Una vez recargado el generador, se procede a un segundo intento y ahora, en el minuto largo que dura, se sube la tensión a dos mil voltios: muy rápidamente se propaga un fuerte olor a carne quemada al tiempo que brotan largas chispas de los miembros de Kemmler. Su copioso sudor se transforma progresivamente en sangre, una densa columna de humo comienza a alzarse de su cabeza, y sus ojos intentan con éxito salirse de sus órbitas hasta que su defunción, certificada por un forense, no deja lugar a dudas.

Ya es cosa hecha. Tras este primer reo calcinado, los desagradables efectos de la corriente alterna sobre el hombre son ya indiscutibles, Thomas Edison no está descontento. El que todos los espectadores del final de Kemmler hayan quedado horrorizados por la escena y puedan dar fe de ello le viene que ni pintado, pues a partir de ahora dicho sistema irá ligado al nombre de Westinghouse. Comprendamos su felicidad y nunca olvidemos que los inventos más magníficos corren parejas con historias magníficas. Es así, por ejemplo, como acaba de nacer la silla eléctrica, de un contraargumento publicitario.

Pero, por más empeño que pone Edison, la relación de fuerzas en la guerra de la electricidad que lo enfrenta a Westinghouse está cambiando. Este, consciente de la superioridad de la corriente alterna y dispuesto a convencer a su mundo, sueña ya con abastecer al continente americano, establece contactos, gana influencia y capta apoyos. Para echarle una mano y contrarrestar la campaña a lo gran espectáculo de la General Electric, Gregor se lanza a dar una serie de conferencias en Estados Unidos y Europa.

Guiado por esa dimensión pública y derrochando profusamente —pese al ceño fruncido sobre los ojos clarividentes de su contable— los primeros subsidios de la Western Union, comienza ya a hacerse con un guardarropa, en su afán de convertirse en el hombre mejor vestido de la Quinta Avenida. Conservando sus trajes negros austeros pero refinando su corte, sustituyendo su tela rústica por franela o, por qué no, gabardina, la de sus camisas por batista o lino, coleccionando corbatas y guantes de cabritilla, ante y napa —cuya temida flora microbiana lo llevará pronto a adquirir la costumbre de utilizarlos una sola vez, al igual que sus tres pañuelos diarios de seda blanca—, armándose de una legión de bastones con esencias exóticas, de puños labrados, troca por último su bombín por un ejército de chisteras, sombreros de muelles y panamás. Con todo, pese a tal elegancia, no recurre nunca a las joyas, el horror que le inspiran los colgantes llega a ser tal que su reloj no se adorna nunca con una cadena, su corbata con ningún alfiler ni sus dedos con el menor anillo.

Por supuesto, el objeto de sus charlas es promocionar el procedimiento desarrollado por Westinghouse, quien otorga plena confianza a Gregor. Pero éste, no queriendo limitarse a esa presentación y ansioso por dar a conocer de paso sus nuevas ideas, aprovecha la tribuna que se le brinda para montar un pequeño espectáculo.

Ante una sala sumida al principio en una oscuridad total aunque estriada aquí y allá de furtivos fulgores, Gregor aparece primero de sopetón, en un círculo de luz blanca y como surgido de la nada con su levita negra entallada, largo rostro lívido y alta figura agrandada por una chistera, rodeado en su tribuna de objetos extravagantes, aparatos nunca vistos: bobinas solenoidales, lámparas de incandescencia, espirales diversas y sobre todo numerosos tubos de vidrio de todas las formas, llenos de gas a baja presión.

Enigmático y teatral, velando por las iluminaciones y sus efectos, Gregor suma a sus dotes de orador las de comediante asíntota del mago. Como de lo que se trata sobre todo es de demostrar la seguridad del procedimiento alterno, coge con la mano izquierda un cordón proveniente de una bobina donde circula una corriente de fuerte tensión y con la derecha un tubo, y de pronto el tubo, ante la estupefacción de la sala, se ilumina al instante. Todo está montado de tal modo que la electricidad atraviesa su

persona sin causarle el menor efecto. Ni que decir tiene que, para realizar esa demostración, Gregor ha echado mano de una corriente de alta frecuencia que no puede penetrar en el cuerpo pero que circula sin riesgo alguno por su periferia, por tanto un ligero subterfugio, una ligerísima trampa, pero tanto da: convencimiento del público y éxito garantizado.

No obstante, una vez demostrado esto según las instrucciones de Westinghouse, Gregor comienza muy pronto a tomar ciertas iniciativas, no limitándose ya a cantar las excelencias de la corriente alterna y de su inocuidad. Sin dar parte a su empresario procede en breve a desarrollar sus nuevas ideas. En primer término de éstas figura una concepción nueva, desconocida bajo el cielo que nos alumbra, descubrimiento imprevisto en el programa: el de una energía libre, difusa y cinética. Disponible según Gregor en cualquier punto del universo y que sólo falta, bueno, sí, explotarla. Sólo es cuestión de tiempo, aventura imprudente Gregor: a poco tardar, exclama, la humanidad armonizará sus técnicas energéticas con los grandes mecanismos de la naturaleza. Alertado por sus perplejos agentes, infiltrados entre el público por razones de seguridad, Westinghouse condesciende con indulgencia a dejarle decir lo que le venga en gana.

Por su presencia escénica, su arte de la fórmula, de la sorpresa y del suspense, sus manipulaciones y sus juegos malabares, Gregor cosecha enseguida un éxito considerable con sus conferencias, recibe una inaudita cobertura de prensa, un boca a boca que concita día tras día mayor afluencia de público. Muy pronto es el único tema de conversación en las cenas mundanas, tan es así que, vean lo deprisa que llegan a ir esas cosas, en unos meses Gregor se ha convertido ni más ni menos que en el sabio más famoso del mundo.

En un abrir y cerrar de ojos, la gente se lo rifa. Súbitamente le llueven honores y condecoraciones. Los gobiernos extranjeros solicitan sus servicios. Lo llaman mago, visionario, profeta, genio fecundo, lo designan mayor inventor de todos los tiempos. Pasa a ser cortejado por la buena sociedad neoyorquina, industriales y financieros, directores de periódicos, gerentes de universidades, escritores, actores, músicos, poetas, escultores, políticos, presidentes, reyes, no falta nadie.

Acepta y con frecuencia declina las invitaciones de ricos, muy ricos y riquísimos. Los ricos acostumbran a organizar banquetes llamados cenas de dinero, cenas de oro, cenas de diamante o de platino. La gradación entre dichas cenas estriba en la materia con que se fabrica la joya que cada dama hallará esa noche al sentarse a la mesa, oculta bajo su servilleta almidonada. Gregor acude en una o dos ocasiones pero es tal la repugnancia que le inspiran las joyas, que se abstiene muy pronto de volver. Los muy ricos hacen más o menos lo mismo, con la salvedad de que en sus veladas no se fuman más que cigarrillos liados en billetes de cien dólares y, francamente, Gregor no les ve el interés. Los riquísimos, más retorcidos, montan extrañas veladas en las que

por ejemplo resulta de buen tono que los invitados multimillonarios se presenten, sin afeitar ni peinar, vestidos con harapos lo más asquerosos posible para, sentados en un suelo repugnante, beber cerveza desbravada saboreando sobras: mendrugos, cortezas de tocino o mondaduras servidas en bandejas de cristal por lacayos con peluca y librea. A Gregor, aunque no lo muestra, eso puede distraerle quizá cinco minutos, pero enseguida se cansa y se larga.

Si bien entre las muchas celebridades con las que trata figuran nada menos que Rudyard Kipling, por ejemplo, Mark Twain o Ignacy Paderewski, con quienes Gregor podría trabar una auténtica amistad si lo deseara, nunca se deja obnubilar por su prestigio y mantiene las distancias, procurando no intimar en exceso. Pero tampoco tiene que hacer ningún esfuerzo para ello, es frío por naturaleza y nada dado a sonreír. Únicamente una pareja es totalmente de su agrado y de ella se hace amigo íntimo, en la medida en que pueda serlo: Norman Axelrod, que ejerce la profesión de filántropo, y su esposa Ethel.

Como es la época de los albores del cine, y en que, fenómeno desconocido hasta la fecha, aparecen sus primeras estrellas, nos serviremos de ellas para describir sucintamente a los Axelrod. Norman recuerda un poco a Lionel Barrymore, mientras que Ethel, silenciosa y soñadora, tiene un aire a Pearl White en la mirada, y en la sonrisa, una mezcla de las hermanas Gish, Lillian y Dorothy. Gregor los ve casi siempre en presencia de un reciente colaborador de Axelrod, el joven Angus Napier, cuya pequeña estatura y rostro medroso recuerdan, por su parte, ciertos rasgos de Elisha Cook, cuya carrera comenzará bastante después. Angus Napier trabaja para Norman de secretario, de intendente y de chófer, y aunque le obedece al dedillo y a ciegas, parece que a Ethel tampoco le quita ojo, y tal vez sueñan también con ella sus dedos.

No tarda Gregor en cenar en casa de los Axelrod, muy pronto regularmente una vez por semana y más adelante dos, los martes y los viernes. Los martes son de carácter privado, tres o cuatro comensales, según la presencia o no presencia de Angus Napier, pero los viernes son más mundanos y profusos, y reúnen a una retahíla cambiante y escogida de admiradores de Gregor. Esos admiradores son, pues, de índoles y profesiones sumamente diversas y provienen, como hemos dicho, de los ámbitos artísticos, científicos o políticos, pero el inventor se ha convertido también en objeto de culto de bastantes místicos e iluminados. Y como los ocultistas también se interesan por él, comienzan a aglutinarse en torno a su persona individuos cada vez más extraños, proclamándolo su amado venusino, originario de un lejano planeta y llegado a la Tierra en una nave espacial, o, según otras versiones, en las alas de una gran paloma blanca.

Todo eso divierte a Gregor e incluso, dada su vieja simpatía por las aves y especialmente por el orden granívoro, no lo lleva quizá tan mal, sin decir por

supuesto una palabra de ello. Pero, claro está, tales hechos no son bien acogidos en los ambientes científicos. Rechinan los dientes en el ámbito de las sociedades culturales. De ahí, un nuevo toque de atención, reverso de la medalla y contrapunto clásico del éxito: empiezan a calificar a Gregor de farsante y estafador. Empiezan a tildarlo de charlatán, tanto más rápida y gustosamente cuanto que a él le encanta aparecer, acceder al estatus de personaje público, pavonearse y alardear en los periódicos, pecado que sus colegas científicos aprecian poco y no perdonan.

No obstante, su brillante aureola conquista a las multitudes, impresionadas por sus escenografías y sus múltiples accesorios, entre ellos los curiosos tubos con que se rodea, que han pasado a ser su marca de la casa pero que nunca patentará ni comercializará. Hace mal, es una lástima, debería hacerlo, pues ésa es otra jugarreta futura: cincuenta años tardarán en redescubrirlos como el origen de los tubos fluorescentes modernos, lo que se llamará no sin éxito neón.

Por su parte, absorto en el combate que enfrenta alterna y continua y del que parece a punto de alcanzar la victoria, Westinghouse sigue cerrando los ojos a sus excesos, en su entusiasmo de ver que su procedimiento ha sido elegido para iluminar la Exposición Universal de Chicago, que se prolongará cinco meses para celebrar los cuatrocientos años del pie que plantó Colón en América.

La exposición, que será acogida con enorme entusiasmo, será también un simple comienzo: habiendo sabido convencer a las altas esferas de que puede transportarse la electricidad a largas distancias, punto definitivamente débil de Edison, Westinghouse es designado para suministrarla en primer lugar a la ciudad de Buffalo. Una vez firmado el contrato de instalación de toda su infraestructura de corriente alterna, se procede de inmediato a construir flamantes centrales generadoras. Y la primera de estas fábricas hidroeléctricas, a cuarenta kilómetros de Buffalo, precisamente donde quería, soñaba, imaginaba o preveía Gregor en sus años jóvenes: en las mismas cataratas del Niágara.

En la exposición de Buffalo, Gregor sigue siendo la estrella con la presentación de su nuevo número.

Bigote engominado recortado al milímetro, labios apretados en forma de hilo, cabello negro azulado con raya en medio y despejando una frente excesiva, encaramado muy tieso sobre una alta tarima ante una gigantesca sala llena a reventar, aguarda largo rato a que la gente observe un silencio total mirándola severamente, aunque es una pura pose, en realidad se dedica a numerar con exactitud al público, asiento plegable más o menos.

Su larga figura de zancuda con chaqué, corbata blanca y zapatos acharolados —cuyas gruesas suelas forradas de corcho aislante le hacen rebasar ampliamente, con su alta chistera, el doble metro— va perfilándose en la penumbra del escenario hasta que los focos, poco a poco, permiten descubrir en torno a él una profusión de aparatos de alta frecuencia. El claroscuro de una alcoba contiene paneles iluminados con sus sempiternas espirales y otras lámparas fluorescentes cuyos destellos van y vienen como soplos de aire. Aquí y allá crepita, proveniente de mecanismos, un relámpago. Esféricos u ovoides, pequeños objetos de cobre giran solos a gran velocidad sobre mesas envueltas en terciopelo, invirtiendo regularmente el sentido de su rotación.

Gregor prolonga largo rato el silencio una vez creado éste y, sin pronunciar una palabra, comienza a presentar una sucesión acelerada de prodigios eléctricos. Al poco, bajo sus impulsiones y a distancia, como mediante pases magnéticos, crepitan ya chispas por doquier, proyectando vivos fulgores e, intermitentemente, se propagan a través del aire en todas las direcciones trazadas por los largos brazos de Gregor —prolongados por larguísimos dedos, entre ellos dos interminables pulgares— hacia las lámparas que comienzan a centellear frenéticamente.

El público, tan poco avezado como yo en todos esos artilugios científicos, tiene ya los ojos como platos, boquiabierto ante el espectáculo. Pero cuando Gregor comienza, en medio de un tremendo estrépito, a deslizarse entre las manos corrientes que rebasan los doscientos mil voltios, vibrando un millón de veces por segundo y presentándose en forma de gigantesca ola fosforescente, cuando se metamorfosea él mismo en un largo diluvio de fuego, toda la sala grita hasta que finaliza el fenómeno. Tras lo cual, en el silencio progresivamente restablecido, el cuerpo inmóvil de Gregor y su indumentaria continúan durante un momento emitiendo vibraciones y halos de luz, que se mitigan muy lentamente hasta tornar a la oscuridad total, en un silencio de cripta que no turba siquiera la respiración, cortada, del público. A continuación, cuando se encienden brutalmente las luces en la sala, todo el mundo se mira parpadeando, sin atreverse a aplaudir, hasta comprobar que Gregor y todos sus accesorios han desaparecido en un instante del escenario convertido en un

estuche lacado, inmaculado, vacío, como un espejo que devuelve a la gente a su estupor.

Disuelto éste, la gente se levanta en desorden y se dirige hacia la salida, los hombres encasquetándose pensativos el sombrero, las mujeres recomponiendo maquinalmente sus cintas y encajes con la punta de las uñas, hasta que desaparece todo el público. Enseguida los empleados y las acomodadoras comienzan a recorrer las filas de asientos, barriendo el suelo y mirando con el rabillo del ojo los objetos olvidados, las horquillas caídas, los abanicos perdidos, los prospectos arrojados. Desaparecidos todos los asistentes, sólo queda Ethel Axelrod, sentada en la primera fila de butacas, aparentemente absorta en sus pensamientos, simplemente vestida ese día con una falda redonda y una blusa de mangas fruncidas, todo de un rosa apagado, incluso el cuellecito alto que aprisiona su cuello, y como de costumbre sin ninguna pulsera ni collar, ni alfiler, ni más sortijas que su alianza. No se decide a levantarse hasta transcurrido un buen rato, mucho tiempo después de que haya desaparecido Gregor hacia los bastidores, hacia la sensación acrecentada de su poder, hacia el primer lavabo que encuentre para lavarse las manos.

Al salir de la sala, Ethel Axelrod no se presenta en el Pabellón de las Mujeres donde se agolpan sus amigas de la alta sociedad neoyorquina llegadas a Chicago, y donde se expone, desde el primer lavavajillas hasta la innovadora cremallera, todo cuanto promete simplificarles la vida. Cuando Ethel ve, junto a la rueda Ferris, a su marido acompañado del joven Angus Napier, decide no reunirse tampoco con ellos, y se dirige hacia las fuentes iluminadas especialmente diseñadas para la exposición. Concentrado en su conversación, Norman Axelrod no repara en la presencia lejana de su esposa, a quien el joven Napier sí ve.

Detengámonos unos instantes en el joven Angus Napier. Es un muchacho bajito de aire medroso aunque peligroso, solapado si bien una inocencia a veces delirante en la mirada, ingenua y obstinada como la de un ángel, se contrapone a ese aspecto camastrón y da la impresión de ser una criatura bastante loca, capaz de torturar a alguien hasta la muerte mientras lo aprieta deshecho en lágrimas contra su pecho, ofrendándole su amor y su vida entre dos sesiones de hierro al rojo vivo, plagiando así por anticipación la imagen del actor Elisha Cook Júnior, que nacerá en San Francisco diez años después, como Richard Widmark un 26 de septiembre, antes de venir a crecer aquí, en Chicago, para luego ir a desplegar en Hollywood sus talentos de actor secundario.

Al tiempo que alberga, convengamos en ello, una pasión sin esperanza por Ethel, Angus Napier ha conseguido ser imprescindible para Norman, desempeñando correctamente sus funciones de secretario con el fin de permanecer lo menos lejos posible de la mujer del jefe, quien, no obstante su dulzura y sus ideas avanzadas, no lo considera sino una forma apenas mejorada de criado. Pero, observando con

clarividencia el interés discretamente marcado de Ethel para con Gregor, en el alma del joven Napier se ha instalado un odio absoluto hacia éste. Al verla alejarse hacia las fuentes, no dice nada.

Entretanto, secándose las manos con una toalla desechable que acaba de extraer de su maletín, Gregor enumera para sus adentros otros proyectos espectaculares basados en la electricidad.

Será imprescindible, por ejemplo —viejo proyecto—, que se envuelva un día de éstos en una sábana de fuego frío que, a su juicio, bastaría para calentar a un hombre desnudo en el Polo Norte y del que éste saldría no sólo indemne sino mejorado: mente tonificada, órganos renovados, piel regenerada. Desde una perspectiva médica asimismo convendría también implantar, en los hospitales, su idea de anestesia de alto voltaje. Será interesante también enterrar cables de alta tensión bajo las escuelas al objeto de estimular a los malos alumnos, y en los teatros instalar salas de vestuario eléctrico para poner a los actores en condiciones y acabar con el fenómeno del miedo escénico. Habrá que ocuparse de todo eso.

Pero todo eso no son sino detalles, nimiedades, comparado con su nueva invención, más grandiosa, consistente en la instalación de una luz nocturna terrestre. Se trata de alumbrar todo el planeta con una sola iluminación. Para ello bastaría enviar flujos de frecuencia bastante elevada a la alta atmósfera, donde reina un vacío parcial, y donde los gases son de la misma naturaleza que los que contienen ciertas bombillas imaginadas por Gregor. Además, de ese modo podrán iluminarse las ciudades sin recurrir a las farolas clásicas, tan costosas como poco elegantes, también mejorará enormemente la seguridad de la circulación terrestre, marítima y aérea.

Por lo común se exploya poco sobre sus proyectos, salvo con algunos especialistas internacionales que lo visitan. Pero cuando éstos le preguntan cómo conducirá esos flujos a semejante altura: es muy fácil, dice, encogiéndose de hombros y sin dar mayores explicaciones. Con él siempre se plantea el mismo problema, nunca se sabe exactamente si todo eso es posible o si no son más que sueños o baladronadas. Como su gran principio es no revelar sus métodos hasta haberlos comprobado en la realidad, a veces no acaba de saberse si quiere realmente desarrollar todas esas cosas o se las da de listo. Entretanto, al no haber dinero, esas ideas permanecen en la fase de ideas.

De momento, tras cortarse bien las uñas, para eliminar las partículas amasadas debajo, y lavarse por segunda vez las manos, Gregor se alisa el pelo frente al espejo antes de salir pitando hacia la estación para poder pillar el rápido Chicago-Nueva York. Meditará todo eso en el tren, a la hora de cenar estará de vuelta en el hotel.

Con todo, el dinero dejará de ser muy pronto lo que falte.

Siete años después, Gregor se ha hecho rico o mejor dicho virtualmente rico, pues su situación y su prestigio en la Western Union le permiten llevar a crédito una vida muy confortable. Lo bastante rico como para aposentarse en el Waldorf Astoria, el hotel más elegante de Nueva York y eventualmente del mundo, donde ocupa todo el año una gran suite de soltero. Cena con frecuencia solo a hora fija y sin consultar nunca la carta, confeccionándose él mismo el menú antes de pedirlo por teléfono para bajar una hora después como mucho al salón de las palmeras —restaurante más elegante del hotel más elegante—, donde, sentado en un rincón y de espaldas por temor a que le importunen, nunca le atiende un maître asistente, pues hace tiempo que exige que le atienda el primer maître.

Estamos en noviembre y en esta ocasión tendrá que cenar antes de lo acostumbrado, pues Westinghouse ha anunciado su visita al Waldorf a primera hora. Este leve cambio de horario resulta un poco engorroso para Gregor, que es hombre de orden y de costumbres, pero, por agradecimiento a la par que por interés, no conviene discutir las decisiones del empresario.

Cuando baja al salón, están ya apiladas veintiuna servilletas en la mesa reservada para Gregor. Por qué tantas servilletas para un hombre solo, dirán ustedes: pues porque su obsesión por los microbios ha llegado a tal punto que, antes de comer, tiene que limpiar cuidadosamente en persona sus cubiertos, sus platos y sus vasos, por más que la cristalería del salón de las palmeras resplandezca tan rutilantemente como la cubertería de plata. Y por qué veintiuna precisamente, insisten ustedes: pues, como ya les hemos dicho, porque es un número divisible por tres, luego mucho mejor, casi tan bueno como la dirección de su laboratorio, Tercera Avenida 33.

Así pues, saca brillo a todas esas piezas una por una, y una vez lustrado todo, que tampoco lo necesitaba tanto, señala con un gesto al maître que puede presentar la cena. Pero, una vez le han servido, ni pensar en empezar ya a comer pues antes tiene que calcular —metódica pero instantáneamente, dado que es ducho en el asunto— el volumen exacto de cada uno de los platos, el contenido de cada vaso y la carga concreta de cada tenedor y de cada cuchara. Estos cálculos, tanto más necesarios cuanto que sin ellos estaría desgano, son incluso los que en puridad le permiten alimentarse. Porque comer, aparte de eso y de no ser por eso, tampoco es algo que a Gregor le entusiasme.

Pero no todo se reduce a calcular esos volúmenes, es preciso también contar los viajes del tenedor a la boca, porque comoquiera que sea, y cada vez más, sigue contándolo todo, en ese particular no se han calmado las cosas. El número de pasos entre el hotel y el laboratorio. De edificios, de vehículos, de hombres, de mujeres, de

palomas —más que nunca las palomas— que se cruzan en su trayecto. Los peldaños de cada escalera, incluso los que recorre a diario tanto de subida como de bajada, con objeto de verificar o, más sencillamente quizá, de no romperse la crisma. La escalera mecánica todavía no está inventada por aquel entonces, pero, en el caso de que existiera, a buen seguro Gregor contaría igualmente sus peldaños, empresa vana como ninguna. Si no lleva la cuenta de sus respiraciones no es porque no se lo haya planteado, resultaba tentador, a decir verdad no sabe si recriminarse el haber renunciado a ello o sentir alivio, depende de los días. Eso sí, representa un poco de tiempo ganado, porque contarlos todo sin cesar le tiene a uno bastante ocupado.

Curiosamente, como también hemos dicho, Gregor no procede así con el dinero. Y eso que es rico, y de todos es sabido que, con frecuencia, cuanto más se tiene más se cuenta. Probablemente podría serlo más, pero al parecer no le importa demasiado, le satisface su tren de vida y no parece querer mejorarlo. En cambio sí cuenta el tiempo sin desmayo desde hace cincuenta años. Cuando mira el reloj cada treinta y tres minutos lo hace tan sólo para comprobar, pues siempre sabe con precisión la hora que es, a cada instante, posee el reloj absoluto como otros el oído. Ahora acaba de consultarlo porque, después de cenar, esta noche recibe en su suite la visita de George Westinghouse, y el tono de la carta que fija esa entrevista da a entender que el financiero posee serias razones para querer hablar con él.

Se acerca la hora, Gregor se levanta de la mesa, atraviesa el vestíbulo en dirección al ascensor, que odia utilizar pero no hay nada que hacer, Nueva York es vertical, y el ascensorista se lleva la mano a la gorra anunciando la planta veintiuno. Gregor extrae la llave del bolsillo antes de entrar en su suite, tampoco es que sea tan grande, pero en fin es el Waldorf, aun así está muy bien. Pasemos por alto los cortinajes, las colgaduras, las obras de arte en las paredes y los objetos, es un dormitorio bastante amplio precedido de un salón mediano amueblado con tres butacas, un secreter con persiana y una pequeña caja fuerte. Apenas ha puesto un poco de orden —aunque en las habitaciones de Gregor todo está siempre ordenadísimo— cuando suenan dos golpes secos en la puerta. Gregor se apresura a abrir.

El señor Westinghouse parece un poco violento, disgustado, incómodo, incluso tras ofrecerle Gregor la mejor butaca, después un puro, y acto seguido preguntarle si le apetece una copa de algo —botellas de whisky, bourbon, coñac, brandy descansan sobre una bandeja para disfrute exclusivo de los visitantes—. Sentado, Westinghouse acepta ambas cosas pero como para ganar tiempo, sin encender lo primero ni llevarse a los labios lo segundo, emite de entrada sobre la suite de Gregor unas cuantas apreciaciones elogiosas aunque monocordes y maquinales, óigame, muy bonito esto, me alegra verle tan bien instalado. No obstante, le cuesta lo suyo dar con las palabras. Bueno, al final las encuentra pero se suceden con dificultad, ya interrumpiéndose en

la primera sílaba, ya atropellándose por el contrario unas con otras, ya tardando un montón en cederse la primacía. Todo ello salpicado de largos carraspeos. En fin, vaya, se trata de lo siguiente.

A raíz de una puesta al día de algunos dosieres, los banqueros de Westinghouse acaban de tropezarse con un contrato firmado con Gregor más de quince años atrás, contrato que, con la euforia de los negocios enseguida florecientes, todo el mundo tenía un poco olvidado. Según dicho contrato, casi olvidado, Gregor debía cobrar dos dólares y medio por caballo de vapor vendido, cantidad módica que a la sazón no planteaba ningún problema a nadie. Pero, claro, todo ha ido infinitamente mejor de lo que imaginaban al comienzo: durante los cinco últimos años, de esos caballos de vapor se ha vendido una cantidad imprevista e incluso astronómica, y los banqueros, horrorizados, acaban de calcular los derechos acumulados, actualmente impagados a Gregor, que sobrepasan en este momento los doce millones de dólares. De abonarse esos derechos, cosa que puede reivindicar Gregor, éste se convertirá en algo así como uno de los hombres más ricos del mundo, pero ahí está, ello supone una carga insostenible para la Western Union. En consecuencia, los banqueros prescriben encarecidamente deshacerse de ese contrato, pero Westinghouse, incómodo, no puede permitirse, claro está, romperlo unilateralmente. Son cosas que no se hacen. Existen leyes. Existen jueces, existen tribunales y condenas. Existen sobre todo multas susceptibles de agravar si cabe la situación.

El empresario explica la situación a Gregor, que lo escucha muy serio hasta el final, sin decir una palabra. Acto seguido se levanta y se dirige hacia la caja fuerte, que es un modelo muy sencillo de caja fuerte, sin cerradura con combinaciones, ni código ni fórmula ni nada, y que por lo demás permanece siempre abierta. Extrae el contrato y, de espaldas, lo hojea rápidamente antes de volverse hacia el empresario. Señor Westinghouse, le dice, ha sido usted el único en creer en mí. Me ha apoyado, me ha ayudado, ha tenido a bien honrarme con su amistad. Lo único que le pido ahora es que haga que el mundo entero se beneficie de mi corriente alterna. De lo demás no hay más que hablar.

Dicho lo cual, Gregor rompe solemnemente el contrato. Así que, como puede verse, las jugarretas a veces las provoca él. ¿Otra copa?

Entonces pactan un arreglo por el cual la Western Union abonará a Gregor una cantidad global de ciento noventa y ocho mil dólares por la compra total de sus derechos. Es una suma ridícula en relación con lo que hubiera debido corresponderle, pero es como si Gregor no se diese cuenta: desagradable y seguro de sí mismo como es, dominado por una idea de su persona tan elevada como el desdén que le inspiran los demás, cabría esperar que negociase duramente sus méritos, y no, parece no trasladar las consecuencias de su autoestima al plano material. Aun así, debe de saber lo que hace, y por supuesto que lo sabe: es el primero en desarrollar el uso de la electricidad más allá de sus aplicaciones térmicas e iluminativas. Es el precursor de que posteriormente todo pase a través de la electricidad. En virtud de ello, podría beneficiarse más de sus descubrimientos, pedir al menos un leve porcentaje. Una participación, siquiera una pequeña renta o tan sólo un aumentó, qué sé yo, Pues no, se conforma con lo que le dan.

Tal vez no corra tras el dinero sencillamente para no tener que pensar en él. Quizá le baste vivir en el Waldorf, llevar allí un aceptable tren de vida —siempre a crédito, dado su prestigio— y sobre todo disfrutar de entera libertad en su laboratorio. O quizá sea también que no dispone de mucho tiempo.

Porque en los diez años siguientes le vendrán muchas ideas a la vez, realmente muchas. Pero su manía de concebir sin cesar cosas a toda velocidad tiene la contrapartida de que se detiene en una y se demora en ella. En su mente se atropellan demasiadas perspectivas como para verse capaz de profundizar sobre ellas una a una, de desarrollar sus aplicaciones prácticas y de sacar provecho de su valor comercial. No es que no tenga conciencia de ese valor, antes al contrario, pero no le queda tiempo que dedicarle. El tiempo justo para registrar patentes y alertar espectacularmente a la prensa, como tanto gusta de hacer, para luego mirar hacia otro lado.

Así pues, tal vez Gregor no inventa cosas propiamente hablando, sino que, en el descubrimiento y la intuición de esas cosas, se limita a lanzar la idea que las producirá. Hace muy mal corriendo tanto, debería detenerse cinco minutos en una de ellas para llevarla a término y desarrollarla, explorarla, máxime porque se trata en cada caso de fenómenos llamados a cierto futuro, juzguen si no. La radio. Los rayos X.

El aire líquido. El mando a distancia. Los robots. El microscopio electrónico. El acelerador de partículas. Internet. Dejémoslo ahí.

Es sabido que todo el mundo piensa, siempre, la misma cosa en el mismo instante. En cualquier caso, siempre hay al menos una persona que tiene la misma idea que uno. Pero siempre hay uno también que, con la misma idea que los demás,

se muestra más paciente, más metódico, o es más afortunado, más sagaz, menos disperso que Gregor, para dedicarse exclusivamente a ella y anticiparse a todo el mundo realizándola. Y ése es el que primero da su nombre a su idea. El que la introduce en el mercado, el que comercia con ella y el que cobra. En ocasiones puede que ello tan sólo responda a un nombre. Pongamos en cine, por ejemplo. Lo inventó un montón de gente al mismo tiempo pero entre ese montón de gente estaban dos hermanos llamados Lumière. Todo depende de muy poca cosa, verdad, basta una menudencia: cabe imaginar que con semejante nombre no es raro que fueran ellos los que se llevaron el gato al agua.

Tal sucederá con Gregor: los demás se apoderarán discretamente de sus ideas, mientras que él se pasará la vida en ebullición. Pero no se reduce todo a hacer hervir, después es preciso decantar, filtrar, secar, triturar, moler y analizar. Cuenta, pesa, separa. Gregor nunca tiene tiempo para dedicarse a todo eso. Ellos, en su rincón, se tomarán todo el suyo para llevar las ideas de Gregor a término mientras él ya habrá saltado jadeando a otra cosa. Y de nada servirá que haya registrado las patentes, no impedirá a Röntgen reivindicar el descubrimiento de los rayos X ni, más adelante, a Marconi el de la radio.

Sucede también que Gregor se pasa un poco de la raya, con esa tendencia suya a presentar siempre bulliciosamente sus descubrimientos, preocupándole no tanto vincularse a ellos cuanto crear a bombo y platillo un máximo efecto. Y ello sin escatimar la hipérbole, tirando al exceso sin temor a exagerar. Los robots, por ejemplo, apenas ha forjado la noción cuando ya se enardece ante los fotografías: en breve presentará un autómatas que se comportará por si solo como si estuviera dotado de razón, sin que se le dicte orden alguna desde el exterior. Vamos a ver, Gregor, todavía no estamos en eso. Aunque un día de éstos vete a saber.

Pero, por encima de todo, le acucia una preocupación capital, esbozada a partir de una bobina electromagnética, patente n.º 512.340, que debería permitir sin gastos la producción de importantes cantidades de energía, una pequeña parte de ella suficiente para mantener su propio funcionamiento. Colosal idea. Como un coche con el depósito siempre lleno al autorrenovarse, y que sin embargo no consumiese más que un litro cada cien kilómetros. Sería el primer hito de su objetivo principal: un sistema que permitiese procurar gratuitamente energía libre a todo el mundo.

Lo cual da fe de su extraño concepto del dinero. Porque ese punto de vista se compadece mal con el de la lógica industrial, siempre regido por el interés. Y si bien los periódicos se muestran enseguida encantados con esa idea, pregonando que Gregor va a electrificar la Tierra entera, que acaba de hallar el modo de transmitir una energía universal sin que cueste un centavo a nadie, cabe imaginar que ante semejante noticia, en los consejos de administración de las compañías que cotizan en Bolsa los registros contables se abren y los rostros se cierran en banda, se alzan voces

sugiriendo tomar medidas y proponiendo reuniones para estudiar de cerca el caso de ese tipo.

Entretanto, por las noches, con la exultación del éxito, Gregor sigue recibiendo asiduamente a celebridades en el laboratorio, donde éstas posan jubilosas para las primeras fotos iluminadas con lámparas de gas de combustión. Les sigue encantando contemplar a Gregor exhibiéndose orondo bajo una lluvia de largas chispas producidas por sus generadores de alta frecuencia, o blandiendo uno de sus largos tubos de vidrio deslumbrantes, sin que su otra mano sostenga ya cable alguno: misterios del progreso.

Un día al salir del despacho, divisa una paloma herida refugiada en un rincón de la acera, tras un cubo de basura, adonde se ha arrastrado para morir en paz. Gregor, inclinándose sobre ella, diagnostica una fractura de ala y de pata, pero la paloma le dirige una mirada indiferente, como aconsejándole que se olvide del asunto, para luego mirar hacia otro lado con sus ojos redondos. Comoquiera que Gregor prosigue su examen, el ave parece conmovida por tal solicitud, le devuelve la mirada y siguen observándose largo rato como si fueran a acabar diciéndose algo.

Gregor coge delicadamente al animal, lo envuelve en uno de sus tres immaculados pañuelos y lo acomoda con dulzura bajo un faldón de su chaqueta, junto a la axila, como para acunarlo. Hecho lo cual, sin pararse a pensar un instante en los tan temidos microbios que, como es sabido, abundan entre las plumas de esas asquerosas palomas, también infestadas de pulgas, garrapatas, chinches, piojos rojos y piojos trituradores, la lleva al hotel.

Ya en su habitación del Waldorf, Gregor, siempre habilidoso, le confecciona con trapos y cartón una suerte de nido y procede a curarla. Conviene primero desinfectar y alimentar al volátil antes de reparar sus órganos lesionados mediante pequeñas tablillas, ensambladuras de alfileres y cerillas sujetas con elásticos.

Como Gregor se defiende también en anatomía, el animal queda apañado ese mismo día, y en su afán de respetar las normas del hotel, que prohíben tener animales en las habitaciones, le construye una jaula que traslada discretamente al tejado del establecimiento. Tres días de convalecencia después, suelta a la paloma ya sana y salva. Está bastante satisfecho.

Para Angus Napier, la mañana de ese martes se presenta sumamente apretada.

Tiene que asistir sucesivamente a una reunión patronal, a un cóctel de empresa y a un almuerzo mundano, en tres lugares diferentes de Nueva York pero por fortuna no muy distantes entre sí. En vista de lo cual, esa mañana, ante su guardarropa, se pertrecha con una indumentaria adaptada por igual a tales reuniones, combinando la austeridad administrativa —traje de tres piezas y corbata negra— con el confort más informal aunque también estricto de un cóctel —pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta y corbata de color—, salpimentados con una chispa de elegancia mundana —flor en el ojal y corbata de fantasía— de cara al almuerzo. Fácil no es, pero lo logra, pues tiene previsto cambiar dos veces de corbata durante sus trayectos en taxi incorporando, en el último, la flor.

La reunión de directores de empresa se celebra en la sede de la General Electric, entidad anfitriona. Participan distintos empresarios que explotan las fuentes energéticas —petróleo, carbón, gas, madera—, los medios de transporte —ferroviarios y marítimos—, las redes de comunicación y los bienes inmuebles —gestión de patrimonio y construcción—, entre los cuales el propio Thomas Edison a la cabeza, por supuesto, que los ha convocado a todos. Como Angus ya había previsto, las conversaciones se centran casi exclusivamente en las recientes declaraciones de Gregor. A la sola mención de dicho asunto, los ceños se fruncen tanto más acerbados y las voces suenan tanto más altas cuanto que esa historia de la energía libre suscita vivas divergencias de opinión. Si bien algunos siguen considerando a Gregor un histrión iluminado —a su juicio el supuesto descubrimiento anunciado no tiene pies ni cabeza—, otros opinan que su éxito imprevisto en la Western Union resulta no poco alarmante: el individuo ha dado prueba de su inventiva, ha obtenido resultados innegables y esa idea insensata, peligrosa, de abaratar la energía podría acabar haciéndose realidad. En medio de la agitación general, Angus Napier alcanza a deslizarse abriéndose paso con los codos hasta Thomas Edison.

Al principio éste no le dedica ni una mirada, pero Angus consigue captar su atención y hablarle, aunque obligado a repetirle lo mismo varias veces dada la sordera del inventor, al tiempo que evita que llegue a oídos de otros. En definitiva, todo un engorro, mucho más complicado que la elección de vestimenta de la mañana. Pero, una vez captada la atención de Edison, éste se inclina hacia Angus y se deja llevar hacia un rincón más tranquilo de la sala de conferencias. Tras un breve parlamento, Edison pronuncia unas palabras inaudibles en medio del bullicio pero que parecen indicar un asentimiento. Asentimiento evasivo, enmendado por un gesto de repliegue como quien quiere dejar claro que se inhibe del asunto, que delega y que

se lava las manos, y se aleja rápidamente. Pero al parecer ese gesto y esas palabras parecen bastar a Angus, quien, tras inclinarse, no viendo mayores motivos para entretenerse, abandona discretamente la reunión para llamar un cabriolé al pie del edificio.

En el cóctel de empresa organizado por Westinghouse reina un ambiente totalmente distinto. Allí apenas se menciona a Gregor, salvo para entonar alguna que otra vez alabanzas por su aportación capital a los beneficios de la empresa. Por lo demás, se le otorga entera libertad para contar lo que le venga en gana. Antes bien, se entregan a la alegría de verse conceder cada vez más extensas redes eléctricas, construir unidades de producción cada vez mayores, desarrollar con éxito nuevas técnicas de turbinas de vapor y encarar la exclusividad de propulsión de cargueros, paquebotes y otros voluminosos barcos. Hacen brindis tras brindis, Angus no se entretiene más.

Ha llegado el momento del almuerzo, semejante a los que se organizan frecuentemente en salones privados o restaurantes de grandes hoteles en torno a Gregor, circundado de estrellas renovadas con regularidad —MarkTwain, por ejemplo, en esa ocasión—, pero siempre rodeado de sus íntimos, guardia cercana reducida a los Axelrod, hacia quienes Angus se dirige directamente. Una quincena de personas conversan entre sí aunque vueltas sobre todo hacia Gregor, que atrae por sí solo la atención general, aun siendo su arte de agradar contradictorio: tan vivo y brillante, incluso agitado, como sobrio y reservado, incluso cortante, o sombrío y misterioso, incluso abstruso, capaz de seducir a todo el mundo pero viviendo solo, atrae a las personas más diversas, hombres y mujeres por igual.

Precisamente están presentes bastantes mujeres: numerosas esposas pero también solteras que, hallando atractivo a Gregor, le lanzan miradas acariciantes, contenidas pero postulantes. Las miradas de las esposas suenan en la misma clave pero con un vibrato menor. Desdichadamente para todas ellas, entre otras tortuosidades de su carácter, Gregor parece poco proclive al contacto físico, evitándolo no tanto por higiene cuanto por temor, sin que nada le inspire tanto pavor como el roce con los cabellos, tan temibles para él como —para todo el mundo menos para él— el de los cables eléctricos desnudos. A lo cual debemos agregar su odio absoluto a las joyas, cuyo tintineo le irrita, cuyo brillo le deslumbra y cuyo precio le consterna. Le horrorizan de modo especial los pendientes, cuyo anzuelo clavado en la carne le estremece, y más si cabe las perlas, que por su origen ostrero y su consistencia lechosa le repugnan sin remedio. Pero las del sexo contrario, como no entienden nada y rivalizan en aderezos para seducirle, trabajan cada vez un poco más contra sí mismas hasta que se marchan de vacío, ocultando su desconcierto con guiños cómplices aunque apagados, con risas de lentejuelas pero sin timbre.

Sólo Ethel Axelrod agrada a Gregor: sobriamente elegante —asidua lectora del

Harper's Bazaar— y apenas maquillada, nunca luce, lástima, más que su alianza, que lo complica todo, pues la amistad del excelente Norman impide a Gregor el menor desliz. Tal vez en otras circunstancias se permitiría conquistar a la esposa de otro hombre, pero en ese caso, con ese marido, no. Y aunque él mismo encarna también, y presente que encarna para ella al hombre ideal, Ethel se ve incapaz de plantearse, en posesión de tal marido, etcétera.

Dicho marido acaba de intercambiar con Mark Twain unas palabras sobre la actualidad de ese año, indignándole principalmente la guerra con España. Mark Twain clama por sumarse, como William James, a una liga antiimperialista, mientras que Norman ironiza por lo bajo sobre la penuria del ejército americano en materia de equipamiento sanitario, pues han caído menos de cuatrocientos soldados en combate mientras que se han producido más de cinco mil muertes de fiebre amarilla, disentería e intoxicaciones alimentarias. Angus, que intenta inmiscuirse en la conversación, no alienta por supuesto más objetivo que deslizarse en la esfera del matrimonio Axelrod para luego abordar a Ethel, pero en vano, pues ésta se mantiene obstinadamente vuelta hacia Gregor como la aguja arrebatada de una brújula.

Minusvalorado, reducido a poca cosa, intentando reprimir su amargura y su humillación, Angus abandona la mesa antes de que concluya la comida, aduciendo un pretexto que nadie le pide. Parando un nuevo cabriolé, se hace conducir resueltamente a las oficinas de la General Electric para proseguir su trabajo de informador, mientras después de los postres, el café y los licores, de los que como siempre se ha abstenido, Gregor, por su parte, marcha obstinadamente solo hacia su laboratorio.

De regreso allí ese martes por la tarde, Gregor toma asiento en una silla en vez de ponerse enseguida a trabajar, embargado por una leve melancolía. Tanta mundanidad. Cuan fatigoso resulta estar siempre en el interior de sí mismo, ver siempre el mundo desde ese envoltorio en que se halla uno encerrado. Y no poder mostrar de sí mismo a ese mundo más que un exterior maquillado sobre la marcha mediante espejos. Pocas ganas de hacer nada, de pronto. Pequeño acceso de tristeza.

Pero la ociosidad no va con él, al igual que no tiene la menor noción de lo que es el aburrimiento, demasiado ocupado habitualmente por el hilo de su pensamiento que funciona por sí solo a jornada completa, pase lo que pase, casi ajeno a su voluntad. Sus ojos, que flotan ahora sobre el laboratorio, atravesado verticalmente por un pilar de hierro colado macizo que, de planta en planta, sostiene todo el edificio cual columna vertebral, sus ojos se detienen en ese pilar y lo observan al detalle. Acto seguido, al cruzar por su mente la idea de una experiencia, se levanta para ir a hurgar en una caja de instrumental donde acaba encontrando lo que buscaba: un pequeño oscilador electromagnético confeccionado por él, no más voluminoso que una baraja de cincuenta y dos cartas.

Tras fijar el oscilador con unas correas en un lado del pilar y ponerlo en funcionamiento, Gregor regresa a su silla, donde aguarda, por curiosidad, para ver lo que acaso se produzca. Y hete aquí que, poco a poco, bajo el efecto vibrátil de ese dispositivo, en principio inocuo, pequeños objetos colocados aquí y allá en el laboratorio entran uno tras otro en resonancia, los ve estremecerse y temblar, los oye murmurar y runrunear. Al propagarse muy pronto la resonancia a los objetos más voluminosos, los muebles y aun los aparatos comienzan a agitarse también cada vez más vivamente, balanceándose y llegando a doblarse. Al poco, todos comienzan a danzar. A Gregor, desde su silla, le parece interesantísimo semejante fenómeno, y olvida por completo sus ideas negras.

Pero, sin reparar él en ello, al comunicarse esa vibración de muy baja frecuencia al propio pilar, éste parece a punto de culebrear, al principio de modo imperceptible. Nada impide ya que ese movimiento se transmita al sótano, que tiembla a su vez, hasta propagarse paulatinamente a las estructuras subterráneas de Manhattan como bajo el efecto de un seísmo, del que nadie ignora que aumenta en intensidad conforme se aleja de su epicentro. De manera gradual y cada vez con más nitidez, los edificios aledaños comienzan pues a temblar, a resquebrajarse, a rajarse, sus vidrieras explotan primero aisladamente y luego todas a un tiempo.

A los pocos minutos sus moradores despavoridos bajan atropelladamente las escaleras para reunirse en las calles, la mayoría inmóviles, las cabezas alzadas ante las fachadas en movimiento, otros corriendo a avisar a las autoridades. Enseguida

observamos la presencia, en medio de la multitud, del joven Angus Napier, quien ha acudido de inmediato, con aire atemorizado como el habitual pero no más. De inmediato se le unen dos hombres al parecer conocidos suyos, uno supuestamente disfrazado de sicario y el otro de solicitante de empleo, como así es: uno gángster y el otro parado, su respectivo estatus social.

En la comisaría del barrio, una vez determinado que ese temblor de tierra inusual no afecta a los demás barrios de la ciudad, se observa que se limita al contorno del edificio donde se hallan ubicadas las instalaciones de Gregor. Comoquiera que éste ha adquirido ya la sólida fama de lo que da en llamarse un sabio mochales, no tardan en recaer las sospechas sobre él, y son enviados dos agentes para comprobar si tiene algo que ver con el asunto. En su edificio, que tiembla menos que los edificios circundantes, Gregor, sin reparar al principio en la amplitud del fenómeno, se inquieta ahora al advertir el enorme fragor que se propaga por las paredes y el suelo del laboratorio, donde se agitan incluso las imágenes de las paredes, que se animan en sus marcos como otras tantas peliculillas proyectadas, hasta que la atmósfera y el aire mismo parecen comenzar a gruñir, ingrata sensación que lo induce a poner término al experimento.

Cuando los policías irrumpen en su laboratorio, Gregor acaba de decidirse a destruir el oscilador de un martillazo. Los despiden secamente esperando provocar su efecto, lo que no tarda en producirse. Al ver irrumpir a los periodistas y fotógrafos como había previsto, improvisa como siempre en tales circunstancias, a su manera megalómana y arrogante, una conferencia de prensa, declarando que ha descubierto el modo de destruir en unos minutos, si le da por ahí, el puente de Brooklyn o el New York World Building, a elegir, y aun los dos al mismo tiempo si se tercia. Ello no redundará en beneficio de su reputación, pero Gregor, lo sabemos, no busca especialmente la discreción, lejos de ahí. Y, poco tiempo después de este suceso, una noche arde su laboratorio.

Cabe pensar que los experimentos de Gregor se han hecho demasiado peligrosos para desarrollarse en una gran ciudad, en medio de una multitud ingenua. No olvidemos que sus bobinas, capaces de producir tensiones de varios millones de voltios, lanzan enormes arcos fulgurantes, largos relámpagos de varios metros. No puede descartarse que tales excesos entrañen cada vez más riesgos y que sea normal que un accidente se produzca inevitablemente cualquier día. Podemos decirnos eso. También podemos interrogarnos sobre la presencia en la zona, esa noche, observando las llamas y limándose las uñas, del parado y del gángster que acompañaban el otro día a Angus. Cualquiera que sea su origen, el incendio no respeta nada: destruye las máquinas, funde el instrumental, reduce los dosieres y los archivos a cenizas y arrasa en unas horas todos los trabajos en marcha y en proyecto.

Nueva jugarreta para Gregor, quien, dudando pero sin dejarse llevar nunca por el

desaliento, consulta a su abogado. En vez de entablar denuncias aventuradas, éste le sugiere buscar otro lugar de trabajo más aislado, más lejano. Como sea que ese hombre resulta ser accionista de una compañía de electricidad sita a dos mil kilómetros al oeste de Nueva York, le propone que se instale allí, en Colorado Springs, donde su compañía le proveerá gratuitamente de electricidad. Hombre, dice Gregor, cambio de aires, por qué no. Mudémonos.

Salta a la vista, en efecto, que en los montes de Colorado el aire más seco y más claro que en otros lugares crepita de electricidad estática. Gregor hallará un ambiente idóneo para sus proyectos, más numerosos que nunca y que desea retomar cuanto antes. Amén de sus experiencias con las ondas electromagnéticas terrestres y atmosféricas, planea crear un sistema mundial de telegrafía sin hilos y, sobre todo, desarrollar su idea fija: lograr transmitir su energía gratuita y sin límites hasta los confines del planeta. A tal efecto es preciso construir un emisor.

Ya en Colorado Springs, Gregor se aloja en el Hotel Alta Vista. El recelo que le inspiran los ascensores lo lleva a aposentarse en la primera planta, donde elige la habitación 108, que, sin ser mejor que cualquier otra, presenta la ventaja de ser múltiplo de lo que ya sabemos. Una vez instalados sus enseres, ordena a la doncella que le provea a diario de dieciocho servilletas limpias, señalándole que preferirá ocuparse de la limpieza personalmente. Solventado lo cual, un carro tirado por bueyes lo traslada junto a sus ayudantes hacia el lugar que le han reservado.

El sol brilla con fuerza sobre Colorado, donde descargan frecuentes y violentísimas tormentas, produciendo incluso en una ocasión hasta seis mil relámpagos en el lapso de una hora: lugar ideal para la investigación, terreno de juego perfecto para los trabajos de Gregor, quien, hiperacúsico o mitómano —siempre el mismo problema con él—, asegura oír los rayos a mil kilómetros de distancia, cuando a sus ayudantes les cuesta oírlos a doscientos. Comoquiera que sea, el lugar que le han asignado en la montaña responde a su afán de misterio y clandestinidad: tan sólo lo rodean pastos recorridos por caballos indiferentes, y el edificio más próximo es una institución para sordomudos. Tras inspeccionar el panorama, los distintos animales y las aves locales, Gregor extrae del maletín un legajo de planos que despliega sobre un caballete para luego convocar a las empresas de la zona.

Rápidamente construido, su emisor se compone de una base de tablas rectangular llena de bobinas y de transformadores, rematada por una suerte de torre de donde arranca un largo mástil metálico, coronado a su vez por una esfera de cobre. Una vez conectado este mástil a un potente oscilador, Gregor procede a simular tormentas, primero discretas y luego cada vez más espectaculares. Tales experiencias pasan a ser muy pronto sumamente ruidosas, pero, como están lejos de todo, es probable que no molesten a nadie. Siempre se realizan además en plena noche cuando, como todo duerme en Colorado Springs, el consumo de corriente es el menor y Gregor puede permitirse echar mano sin contención de la de la compañía local.

Esas noches, en cuanto se dispone a poner en funcionamiento sus aparatos, todo el equipo se apresura a protegerse. El y sus ayudantes utilizan suelas de corcho, calzan guantes de fieltro o de amianto aislantes y se rellenan los oídos de algodón

hasta los tímpanos. A continuación, una vez accionado el interruptor, comienzan a sucederse deslumbrantes relámpagos, más densos y prolongados que los de una tormenta natural, surcados de penachos centelleantes, desabridos, trémulos, para conectar de inmediato con todos los pararrayos de la zona en un radio de treinta kilómetros a la redonda, bajo el estrépito de los arcos eléctricos.

Todo ello, con ser muy sonoro, no molesta demasiado al vecindario, hasta que una noche, llevado por su entusiasmo, Gregor supera los límites y organiza un estruendo descomunal. De pronto todo deja de dormir en Colorado Springs: despertados bruscamente por el enorme volumen sonoro, los aterrados lugareños acuden corriendo en camión, unos a caballo, otros en carreta de bueyes, otros incluso a pie no obstante la distancia, para averiguar la causa de aquello. Atónitos pero manteniéndose a respetuosa distancia, convencidos de que esos rayos artificiales pueden aniquilarlos de sopetón, permanecen al principio anonadados hasta que los animan esas redes de partículas incandescentes que se deslizan vivamente entre los granos de arena para ir a deflagrar bajo sus talones. De pronto se ponen a bailar sin ritmo alguno como todos hemos visto hacer en las películas del Oeste a los cowboys cuando les disparan a los pies, mientras, en torno al laboratorio, brotan largas chispas estridentes de cada objeto metálico conectado al suelo y, en los pastos vecinos, atrayendo descargas eléctricas con sus herraduras, plácidos caballos de tiro se encabritan y se desbocan espumeando y relinchando más salvajemente que ante el pensamiento del matadero, ante la imagen mental del desuello.

Esta peripecia ampliamente comentada es objeto de una pormenorizada crónica en el comunicado municipal, a cuya lectura los habitantes, al principio indignados y luego solamente descontentos, acaban mostrando cierta indulgencia no exenta de orgullo ante la idea de que tan eminente y poderoso sabio haya decidido afincarse en su terruño. Retorna la tranquilidad a Colorado Springs hasta que Gregor, otra noche, se pasa de la raya intentando emitir una onda eléctrica que en esta ocasión, cada vez más fuerte y para qué andarse con miramientos, debe entrar en resonancia en el interior de la propia Tierra.

Las corrientes necesarias serán más elevadas que nunca, pues las tensiones habrán de alcanzar millones de voltios. Gregor se ha vestido solemnemente para la ocasión: sombrero lustroso, guantes de pécarí y levita Príncipe Alberto. Desgrana una cuenta atrás y contiene el aliento hasta que, al accionar su ayudante el interruptor, explota un enorme rayo por encima de la emisora, donde se expande una luz azulada glacial junto con un intenso olor a ozono, al tiempo que gigantescos relámpagos, formato rascacielos, brotan del mástil con un fragor de trueno más desmesurado que nunca. El fenómeno se prolonga unos minutos amplificándose hasta que se detiene de súbito: no más ruido, no más luz, pero sobre todo no más corriente ni modo de encender la menor lámpara.

Gregor, furioso, envía a uno de sus ayudantes a la compañía de electricidad de Colorado Springs, pues en esta ocasión la ciudad ha quedado totalmente sumida en las tinieblas. Le contesta el aterrado vigilante nocturno y luego le confirma el capitán de los bomberos que el generador principal de la compañía, sobrecargado por el experimento, ha explotado y se ha incendiado al instante. Convocado a la mañana siguiente, Gregor oye de boca del director de la compañía que se le suspenden las entregas. No se le suministrará más corriente mientras el generador no esté reparado corriendo él con los gastos, reparación rápidamente efectuada en una semana por los empleados de Gregor.

Colorado Springs vuelve a mirar mal al inventor, la prensa local se ha tomado mal el apagón, se le saluda menos en la calle y, en la habitación del hotel, la cantidad de servilletas diarias y su limpieza se ajustan menos a sus exigencias. Como le trae sin cuidado, prosigue sus investigaciones durmiendo con frecuencia in situ, y no más de unas horas, pues trabaja sin descanso hasta dar término a su sistema de telegrafía sin hilos, cuyas patentes se apresura a registrar, aunque demasiado apresuradamente, ay, y sin duda con excesiva torpeza.

Otra noche en que se afana con su potente receptor de radio, Gregor cree percibir extraños ruidos que parecen provenir de muy lejos, claramente melódicos y de ritmo regular. Treinta años después se comprobará que se trata de ondas mecánicas provenientes en efecto de las estrellas, pero Gregor, siempre propenso a exaltarse, las atribuye muy serio y sin dudar un ápice a seres pensantes muy lejanos, autóctonos de otros planetas —Venus o Marte como mínimo—, dotados de inteligencia, incluso más avanzados científicamente que nosotros y que intentan comunicarse con él. Y ya tenemos otra cosa.

Tan amigo de hacerse notar como amante del misterio, Gregor no necesita más elementos para declarar que se comunica con los marcianos. La noticia es publicada jubilosamente en todo el país por los periódicos, encantados con tales cosas, que tienen catalogado hace tiempo a Gregor como un tipo de oro y que no renunciarían por nada del mundo a una ocasión de ridiculizarlo, mientras que la comunidad científica, seria y envarada, valora menos ese tipo de números. Satisfecho de la nueva publicidad, y harto de vivir en el campo, en gran manera porque cada día es menos popular allí, Gregor decide regresar a Nueva York. Hace febrilmente las maletas a la par que medita, agitado ahora por una lancinante pregunta: ¿qué contestará a los marcianos, y cómo?

Además, basta ya de Colorado. El aire sano está bien durante un tiempo pero ahora regresemos. Regresemos cuanto antes porque nos lo hemos gastado todo, y ahora hay que buscar dinero fresco para sacar adelante nuevos proyectos.

Gregor no vuelve a la gran ciudad porque le abrume el aislamiento. No echa nada de menos la compañía de los hombres pues puede vivir en compañía de las máquinas, tampoco la compañía de las mujeres pues puede quedarse igualmente solo en su cama —eso sí, poquísimas horas cada noche—, lo que necesita en realidad es la compañía de los ricos. Son las cenas en el Players Club, en el Delmonico's y otros establecimientos frecuentados por útiles poseedores de capitales. Merced a una brillante y sutil charlatanería, Gregor ha intentado siempre, a menudo con éxito, agenciarse los fondos necesarios para proseguir sus trabajos. Si bien se ve obligado a regresar con tal objetivo, también es cierto que, en lo tocante a comodidad, volver al Waldorf Astoria —donde sigue disfrutando de crédito— supondrá para él un feliz cambio tras los ocho meses en el Hotel Alta Vista.

Durante cerca del año que ha pasado en la montaña —y que por cierto es el último del siglo XIX— Gregor ha podido jugar a su antojo con los rayos, descubrir las ondas estacionarias, utilizar el globo terrestre como instrumento de laboratorio y recibir noticias de los extraterrestres. No es mal balance, pero, en fin, pasemos a otra cosa. Esa otra cosa es la construcción de una gigantesca torre que deberá servir, en este caso, de estación de información universal. Esto debería gustar, piensa Gregor. Y sobre todo permitir que entren capitales.

Sin embargo, en Nueva York se le espera plantando cara. Las sociedades culturales todavía no han asimilado el número de los marcianos, y Gregor ha quedado desprestigiado a ojos de la comunidad científica, que los alza al cielo, con aversión, sólo con oír mencionar su nombre. Por su parte, los periódicos, encantados de poder explotar de nuevo esa caricatura ideal de persona extravagante, no han cesado tampoco de mofarse de él, creándole una fama grotesca, a tal punto que los viandantes sonrían a su paso, los ascensoristas del Waldorf se vuelven muertos de risa cuando toma el ascensor y hasta los hijos de esos periodistas, de esos sabios, de esos viandantes y de esos ascensoristas lo siguen por la calle gritándole cosas. Pero eso a Gregor le importa un pimiento, su primer pensamiento es ahora esa nueva torre y el segundo el dinero que necesita para ese llevar a cabo el proyecto. Él sabe que los financieros a quienes va a dirigirse sí lo toman siempre en serio.

Éstos, en efecto, no pueden olvidar que, pese a su ya risible reputación y los esfuerzos de sus colegas por desacreditarlo, gracias a Gregor y su descubrimiento de la corriente alterna, Westinghouse disfruta del monopolio americano de la electricidad, pues dicha operación constituye una auténtica mina sin fondo. Cabe pues

imaginar que una idea de similar calibre, proveniente del mismo individuo, puede perfectamente proporcionarles una fortuna igualmente apetitosa. Ya se sabe, sí, que es excéntrico y propenso a descontrolarse, pero la apuesta merece la pena, lo único es estar sobre aviso, vigilarlo y centrarlo correctamente dejándolo meditar. Indiferentes a su mala fama y con la vista puesta exclusivamente en los posibles beneficios, unos y otros prestan la misma atención cuando Gregor les presenta su nuevo proyecto, en un terreno que no puede sino interesarles.

Se trata en este caso de un sistema mundial de información, viable a través de varios canales en todas las longitudes de onda de radiodifusión: programas radiofónicos, redes de comunicación privadas, difusión de las cotizaciones de la Bolsa e interconexiones telefónicas entre otras cosas. Y esa idea a primera vista altamente rentable de un monopolio de las transmisiones sin cable, a condición de que pueda materializarse, parece seducir de inmediato a los banqueros. Quieren saber más, lo invitan a cenar, lo presentan a apoderados. En vista de lo cual, y consciente del interés que suscita entre los hombres con dinero, Gregor decide no plantarse ahí y tocar más altas esferas intentando conectar con el más poderoso de todos ellos, ni más ni menos que John Pierpont Morgan.

No es fácil entrar en contacto con John Pierpont Morgan, su importancia le permite protegerse del mundo e incluso le incita a ello. Y miren cómo son las cosas que una de las contadas personas que pueden tratar a John Pierpont Morgan al margen de las esferas bancarias resulta ser también uno de los pocos íntimos de Gregor: Norman Axelrod. Gregor ha reanudado el contacto con Norman a su regreso a Nueva York, pero prefiere quedar con él en lugares públicos a verlo en su casa, pues teme volver a ver a Ethel, con quien mantiene un sentimiento mayormente turbio al ser recíproco.

Llega un día en que no puede ya aplazar el ir comer a casa del matrimonio. Ambos observan una comedida reserva, aunque salpicada a ratos de miradas. La conversación discurre mal que bien hasta el café, tomado el cual Norman se levanta para ir, según dice, a buscar puros al salón. Tras salir él se estira un largo silencio. Y, pregunta por fin Ethel, ha pasado usted mucho tiempo en Colorado. Pues un año, contesta Gregor. Bueno, más o menos un año. No me ha escrito una sola vez, observa ella. Discúlpeme, pero he estado ocupadísimo, balbuce Gregor sin intentar disimular su mala fe. Ahora, eso sí, no he dado señal de vida a nadie. Además, alega, ya sabe usted que soy un tipo desagradable. Yo también, dice Ethel sonriendo, yo también soy desagradable.

Semejante réplica sugiere tantas perspectivas que Gregor la observa con los ojos abiertos como platos. Las mujeres no hablan así en 1900. Nuevo silencio durante el cual, tras mirarla demasiado rato, Gregor parece mostrar un prodigioso interés por el fondo de su taza de café. No obstante, Ethel sigue sonriendo cuando Norman

reaparece en el comedor, con la caja de puros en una mano y una carta de recomendación para John Pierpont Morgan en la otra.

De todos los financieros que Gregor habrá tenido ocasión de conocer, John Pierpont Morgan es el más rico. A decir verdad, incluso es el más poderoso del mundo, y despliega sus actividades y se embolsa dividendos en los ámbitos más clásicamente lucrativos y variados: petróleo, gas, carbón, madera, ferrocarriles, marina y construcción por ceñirse tan sólo a los principales: Júpiter del dólar, Frankenstein en los negocios, John Pierpont Morgan es un bruto insensible y colérico cuya envidiable divisa se reduce a tres directrices: piensen mucho, hablen muy poco, no escriban nada.

Anormalmente fornido, hombros de paquidermo y mirada de pitón, John Pierpont Morgan prefiere asimismo que se le vea lo menos posible, que su imagen en cualquier caso no circule en absoluto. Pero el que odie por encima de todo que se le fotografíe no obedece tanto a un afán de discreción como a la existencia de su nariz. Jamás hombre alguno ha poseído ni poseerá tamaña nariz, ninguno sufrirá tanto por semejante apéndice enorme y violáceo, surcado de grietas, atestado de nódulos, atravesado por fisuras, prolongado por pedúnculos y enmarañado de pelos. En las contadas fotos suyas de que se dispone, por más que existan instrucciones de que sean retocadas so pena de muerte, parece ya a punto de mandar ejecutar al fotógrafo.

Y ese monstruo, por lo demás saturado de conquistas femeninas, es el que Gregor se propone seducir atrayéndolo con el siguiente señuelo: la posibilidad de controlar todas las futuras emisoras radiofónicas, en el mundo entero. Esa cuerda que le falta al arco de Morgan, cuyo instinto le susurra que puede proporcionar pingües beneficios, posee todos los alicientes para fascinar al financiero. Máxime porque Gregor sabe mostrarse elocuente.

Elocuente pero discreto, pues se guarda muy mucho de desvelar el objetivo auténtico, y para él fundamental, de su estación de información. Amén de que podría servir eventualmente para conversar con los marcianos —punto sobre el que ha acabado comprendiendo que, prestándose a chirigota, es preferible no abundar—, la vocación primordial de esa estación responderá a su primordial obsesión: producir y suministrar al mundo entero energía a discreción, disponible para todos y sin gasto alguno para nadie. Mediante procedimientos conocidos sólo por él y que así han de permanecer, el futuro generador de Gregor funcionará sin fuente exterior, sin ser ya necesario matarse hurgando en el vientre de la Tierra para extraer combustibles fósiles. Todo eso se acabó: gracias a su nuevo sistema, el futuro energético será libre.

Pero más vale que ese aspecto capital de su proyecto se lo reserve para sí. Ni una palabra al respecto, máxime porque el proyecto de estación de información bastará por sí solo para obtener los anhelados créditos: ciento cincuenta mil dólares vuelan en dos segundos de las arcas de Morgan a la cuenta bancaria de Gregor. Este, loco de

alegría, cubre al financiero de zalameros halagos, reiterando modestamente que ni Cristóbal Colón ni Leonardo da Vinci hubieran podido realizar su hazaña sin contar con un mecenas como él. Más comedido, el mecenas señala alargando un contrato que, por su parte, se reserva un 51% de sus derechos de patente como garantía de ese préstamo, insistiendo con tono machacón en la palabra préstamo.

Una vez firmado el contrato y guardado en una caja fuerte, John Pierpont Morgan, encantado por la nueva perspectiva de beneficios, propone salir a celebrarlo llevando a Gregor a tomar una copa a un amplio establecimiento de bebidas llamado Tannenbaum's Oyster, situado en la esquina de la avenida donde se hallan ubicadas sus oficinas. Y así sucede que, no obstante su escasa afición a aparecer en público, el financiero no desdeña mezclarse con el pueblo.

El Tannenbaum's Oyster está lleno de gente, de humo, de ruidos, de voces, de música mecánica y de vasos en colisión a la hora punta, mas todo se paraliza cuando aparece el millonario de todos conocido ya que le precede su nariz legendaria, luminosa y voluminosa, así como un vehículo con faro giratorio que anuncia un convoy excepcional. En medio del respetuoso silencio que reina de inmediato, John Pierpont Morgan se acerca pesadamente a la barra pidiendo dos cervezas con voz de ogro, y el barman obedece a toda velocidad temblando ligeramente. Acto seguido, mirando en derredor a la clientela paralizada que hace corro en torno a él, cada cual sosteniendo respetuosamente el sombrero apoyado con las dos manos en el pecho, el financiero decide crear un poco de ambiente. Cuando Morgan bebe —vocifera—, todo el mundo bebe.

Ovación: encantados con la perspectiva, todos los parroquianos se apresuran a pedir por lo menos una cerveza y se reanudan las conversaciones con las jarras entrechocadas, la música y todo el resto hasta que John Pierpont Morgan, apurando rauda su jarra, estampa en la barra una moneda de diez centavos cuyo impacto, de súbito, acalla el tumulto. Todo se vuelve de nuevo en silencio hacia él, que proyecta sobre la gente una mirada circular antes de vociferar otra vez. Cuando Morgan paga —se desgañita—, todo el mundo paga. Seguido de Gregor, se encamina hacia la puerta a paso rápido, los aterrados clientes se hurgan los bolsillos, la construcción de la torre puede comenzar.

Veamos lo que ha de ser esa torre según el proyecto de Gregor.

Asentada sobre una construcción cúbica y rematada por un enorme electrodo, se construirá de madera, con una altura de sesenta metros, octogonal y troncocónica, y contendrá un grueso mástil de acero que se hundirá profundamente en la tierra, rodeado de una escalera en espiral. La base, montada en ladrillo, comprenderá una cámara de máquinas y un laboratorio que dará a una vivienda con todas las comodidades modernas. En cuanto al electrodo, cúpula forjada en cobre granulado, Gregor había previsto en un principio que tuviera forma de buñuelo, prefiriendo finalmente la de un sombrero de seta. El conjunto ofrecerá pues un aspecto fungiforme, un tanto similar a un champiñón gigante.

Una vez realizado el plano de la torre, falta buscarle una ubicación. Acaban inclinándose por un terreno situado en Long Island, junto a la costa, no demasiado caro y de acceso práctico, a cien kilómetros de Brooklyn y una hora y media de tren. Hecha la elección, falta ponerse manos a la obra, y así se hace.

Mientras se ponen manos a la obra, en la que se afanan decenas de obreros, Gregor no pierde un minuto. Ubicuo, se lo ve en todas partes a la vez como si se multiplicara por cuatro: obra, oficinas, laboratorio, salones. Amén de inspeccionar la progresión de la construcción, hora por hora y pendiente del menor detalle de la torre, pasa todos los días por sus nuevas instalaciones neoyorquinas de la Tercera Avenida, conferenciando con otros sabios llegados de todo el mundo, sin olvidar desarrollar nuevos y numerosos proyectos de investigación independientes de su torre, igualmente a jornada completa. Así, tras idear un modelo inédito de torpedo dirigido por radio —siempre útil en caso de conflicto, como acaba de verse con España—, dedica sus ratos perdidos a descubrir y perfilar diferentes cosas, redacta simultáneamente varias decenas de artículos y escribe él mismo a máquina, sin duda con ayuda de manos de recambio, peticiones de patentes referentes a sus nuevos descubrimientos y a sus aplicaciones prácticas. Respecto al resto de sus días y noches, Gregor los pasa entretenido en mundanidades en las salas de recepción del Waldorf o del Delmonico's, donde sólo se le sigue viendo a él.

Cuándo duerme, no se sabe, tal vez no duerme. Y cuándo folla, nada indica tampoco que practique tal actividad, no cabe descartar que le falte un poco de tiempo para ser más de cuatro personas a la vez. Siempre presente, siempre sumamente dinámico y eficaz, quizá tan sólo respecto al asunto de las patentes podría reprochársele un excesivo apresuramiento que puede hacerle incurrir incluso en negligencia.

Pero nadie se atrevería a reprocharle nada, ni siquiera o sobre todo Ethel, no obstante la íntima aunque elíptica y tácita complicidad que la une a Gregor, quien

sigue cenando los martes y los viernes en casa de los Axelrod. Sin confesárselo a sí misma o ser consciente de ello, Ethel está demasiado pendiente de los sentimientos de Gregor, de su carencia o no de sexualidad, demasiado fascinada por su persona para permitirse intervenir en punto alguno de su vida profesional. Demasiado ocupada peinándose, escogiendo un vestido y perfumándose para esas veladas, y, al llegar él, demasiado concentrada en no mirarlo sin cesar mientras él perora sobre el progreso de los trabajos en Long Island, al tiempo que Norman prepara bonachonamente los cócteles y que el joven Angus Napier, a veces presente en dichas cenas, amuebla su rostro medroso con un esbozo de sonrisa manteniendo cuidadosamente amarrados sus sentimientos.

Y mientras se alza la torre desde donde van a llevarse a cabo los primeros experimentos de radiotransmisión, hete aquí que la prensa informa, en la portada del *Philadelphia Inquirer*, de un acontecimiento espectacular pero adverso. Un tal Marconi, Guglielmo de nombre y oriundo de Bolonia, acaba de echar por tierra el proyecto de Gregor. Joven de larga nariz fina y sonrisa melancólica, lejos de Nueva York y amparándose en su patente n.º 1111, el susodicho Marconi proclama sin sonrojo su invención de la radio.

Sin cable, en efecto, ha conseguido transmitir telegráficamente un primer mensaje a través del Atlántico, desde el condado de Cornualles hasta la isla de Terranova, demostrando que las ondas radioeléctricas pueden atravesar grandes distancias siguiendo la curvatura de la Tierra. El mensaje es muy sencillo, pues lo constituyen únicamente los tres puntos de la letra S en morse, pero el daño está hecho. Siendo Marconi el primero, a él corresponderá el mérito del invento. Estupor universal en general, cara de Gregor en particular.

Sorprende a todo el mundo que Marconi haya alcanzado su objetivo de modo tan simple. Se indaga sobre su persona. Se ignora que se ha limitado a utilizar hábilmente una de las patentes, la n.º 645.576, registrada por Gregor unos años atrás pero insuficientemente protegida. No existe modo de saber que esa patente fue enviada anónimamente por correo a Marconi. De saberse, cabría la posibilidad de preguntarse, estudiando la dirección manuscrita del sobre que la contenía, si no se observan puntos comunes con la letra de Angus Napier. Aun cuando, cuarenta y dos años después, el Tribunal Supremo reconocería la anterioridad de los trabajos de Gregor en lo tocante a la transmisión por radio, de momento, cuarenta y dos años atrás, ello supone una nueva jugarreta para él.

Todavía está húmeda la tinta en el papel del *Philadelphia Inquirer* cuando lo convocan urgentemente en el despacho de John Pierpont Morgan. Bueno, le dice el financiero, Supongo que su invento no sirve ya para nada. Ya ve que el italiano ese no ha necesitado ese enorme trasto para emitir. Un momento, contesta Gregor, déjeme que se lo explique todo.

Tiene que ir a por todas, juega su última carta, explicándose y desembuchando. Revelando que la radio no era sino una de las pequeñas utilidades de su torre monumental, termina desvelando el reto capital: su proyecto de energía libre. Hasta entonces había juzgado más prudente ocultar ese punto, consciente de que suponía un concepto del dinero escasamente compatible con el del mercado, y de que en principio sólo se financia aquello que entraña un lucro: con sólo mencionar tal perspectiva, los inversores rechinan de dientes. Pero, en fin, el inmenso John Pierpont Morgan tal vez se muestre sensible a la inmensidad de esa empresa, nunca se sabe.

Pero claro que se sabe: Morgan no se mostrará en absoluto sensible a semejante cosa. El financiero, en absoluto proclive a abrazar la función de filántropo, no muestra el más mínimo entusiasmo ante la idea de enviar corriente por la cara a países poblados por ainus, moldavos o senegaleses sin blanca. No sin reiterar la total simpatía que siente por Gregor y el apoyo moral que le dispensa, corta todo crédito de un plumazo. Las obras de edificación de la torre se interrumpen en un chascar de dedos. Nuevo fiasco.

Entiéndame, arguye Morgan, es que ese sistema suyo fallaba de entrada. Si todo el mundo pudiera utilizar la energía que le viniera en gana, ¿qué sería de mí? Ya me dirá usted dónde instalaría el contador.

Con toda esa serie de cosas, que han transcurrido velozmente al igual que toda su vida, Gregor anda por los cincuenta y cinco años. Nunca se percata uno de lo rápido que pasa todo, siendo así que los días se hacen larguísimos y las tardes se eternizan. De pronto se ve uno de mediana edad sin entender muy bien cómo ha sido, aunque, como Gregor, se consulte de continuo el reloj, y aunque éste tan sólo proporcione una idea imperfecta, tendenciosa y en definitiva falsa del tiempo.

Tras tanto afanarse sin cesar, pero sobre todo tras esos reveses y fracasos —las bribonadas que cree, sabe o ignora que le han hecho—, quizá debería preocuparle su persona, replantearse sus métodos y enmendar su relación con el mundo. Razones para hacerlo no le faltan, pero no parece tomarlas en cuenta. Arrogante, seguro de sí mismo, Gregor no ha cambiado un ápice sus costumbres, viste más que nunca según los cánones que marcan las revistas de moda y conserva su suite en el Waldorf. Desde el maître hasta el último botones, va largando propinas tan suntuosas como su autoestima, comprando en la prensa amplios espacios publicitarios donde se justifica punto por punto, atribuyéndose la paternidad de todo nuevo descubrimiento, formulando ideas apenas imaginadas sin haberlas sometido a la menor comprobación experimental, aplastando con su desprecio a sus competidores y a sus contemporáneos en general. En resumidas cuentas, se hace cada vez más antipático.

Y todo eso cuesta lo suyo ahora que está arruinado, endeudado, viviendo inmensamente por encima de sus posibilidades y llevando ese tren de vida a crédito. Procurando no abandonarlo del todo a su suerte, Morgan suelta de cuando en cuando algún dinero por caridad, desgraciadamente nunca lo bastante para cubrir todos los gastos pero sobre todo —uno no cambia así como así— en concepto exclusivo de préstamo. Para intentar conseguir más, Gregor comienza a organizar en el laboratorio alguna que otra demostración espectacular ante los contados magnates que puede encontrar en el mercado, intentando seducirlos para sacarles fondos. No obstante, recelo: escasa proclividad a asumir riesgos por parte de un público exclusivamente muy rico, demasiado ignorante para robarle las ideas: ningún sabio, por prudencia, es invitado ya a tales eventos.

Al margen de eso, cada día a las doce en punto del mediodía acude a la sede de su sociedad. Sus dos ayudantes lo reciben a la entrada para ayudarle a quitarse el sombrero, los guantes y el bastón, para dirigirse acto seguido a su despacho, donde se han cuidado de bajar las persianas y correr las cortinas, pues Gregor necesita que reine total oscuridad para concentrarse. Únicamente dejan entrar luz en caso de tormenta, durante la cual, repantigado en su canapé, contempla el cielo y los relámpagos que descargan sobre Nueva York. Pero, aparte de que cada vez es menos amable, de que su carácter tiende a agriarse, se diría que también pierde un poco de

equilibrio mental, toda vez que aparecen indicios sospechosos. Aunque siempre ha hablado a solas, monologando sin cesar en el transcurso de sus trabajos, los ayudantes, inquietos, pueden oírlo a través de la puerta, pese a estar acolchada, perorar más que nunca en esos momentos de tormenta. Parece dirigirse a los propios relámpagos como si de niños, de alumnos o de colegas se tratara, con sorprendente variedad de tonos: consolador, severo, quejoso, afectuoso o amenazador, burlón o grandilocuente, humilde o megalómano.

Lo que es peor, incluso pasada la tormenta y cualquiera que sea el humor del cielo, Gregor comienza al poco a realizar en la circunstancia que sea comentarios cada vez más desmedidos, expresando ideas de grandeza a tal punto inmoderadas y frecuentes que sus amigos, o los pocos que empiezan a quedarle, intentan protegerlo contra sus propias declaraciones.

Megalómano o no, precisamente por entonces inventa una turbina. Una turbina, dirán ustedes, no es más que una turbina, pero no podemos sino reconocer que se trata en esta ocasión de una turbina excepcional. Indiscutiblemente más ligera y potente que las demás, posee todos los elementos para relanzar a su inventor a la primera fila, conferir a Gregor un nuevo esplendor. El, fiel a su sentido de la matización, declara con toda modestia no ver límite alguno a las aplicaciones de su turbina, que accionará en lo sucesivo todo tipo de automóviles, camiones, aviones y trenes, incluso los paquebotes que, gracias a ella, atravesarán sin dificultad el Atlántico en tres días. Funcionando indistintamente con vapor o con gasolina, de fabricación menos costosa que los turbomotores tradicionales, resultará asimismo insustituible en ámbitos tan diversos como la agricultura, la irrigación, las minas, las transmisiones hidráulicas y la refrigeración. Exclamaciones, ovaciones, gloria y nuevas esperanzas, vemos a Gregor más enfatuado que nunca a la vista de las primeras aplicaciones de su turbina, que produce al principio excelentes prestaciones, para mostrar muy pronto sus límites.

Indicio de final, quizá, del genio científico de Gregor: al ver errados sus cálculos, se ve obligado a reconocer que la fabricación de la turbina es más costosa de lo que había previsto. Cosa en la que tampoco había pensado, su alta velocidad de rotación presenta sobre todo el defecto de su calidad: por más que no exista en efecto comparación alguna con la de las máquinas anteriores, es tan potente que no hay metal que la resista mucho tiempo. Por consiguiente final de la turbina.

Final también de John Pierpont Morgan, que muere a la sazón. Tras ser hasta entonces, aun a regañadientes, el principal proveedor de fondos de Gregor, deja la sucesión de sus negocios a su hijo, que no tardará en verse solicitado.

Final del año, en cualquier caso. Con ocasión de las fiestas, y para felicitárselas, Gregor escribe a Morgan hijo. Corren tiempos duros —le señala al final de la carta—, y a decir verdad estoy desesperado. Necesito apremiantemente dinero, no consigo

encontrarlo en ningún sitio. Es usted el único que puede socorrerme y, al tiempo que imploro su ayuda, aprovecho para desearle una feliz Navidad.

Después se consuela yendo a dar de comer a las palomas de Reservoir Park, que ni siquiera se llama ya así, lo han rebautizado como Bryant Park antes de construir cerca de su casa la gran biblioteca pública, ahora acude allí a diario. Restringiendo cada vez más su vida mundana, parece haberla trasladado a esas innobles aves, sin haber perdido su afecto por ellas.

Entra en el jardín y, antes de que haya extraído de los bolsillos las bolsitas de grano que habían de ser su regalo de fin de año, los abyectos volátiles, que lo han reconocido al momento, se ciernen sobre él, zureando espantosamente por decenas, tan rapaces como rapaces y, cubriéndolo totalmente con su sucio color gris, picotean convulsivamente en sus bolsillos descosidos. Envuelto de la cabeza a los pies por su manto de bicharracos, respirando apenas para no alarmarlos, Gregor permanece inmóvil junto a la verja del jardín a través de la cual unos transeúntes detenidos en la penumbra, cargados con gruesos paquetes ornados con cintas, lo observan moviendo la cabeza.

Gregor sabe lo que son esos periodos de fiestas. Por bien pertrechado que esté, forrado de ropa y de buena voluntad, se le cuela el frío por los intersticios, aplanándole las neuronas. Aunque en esta ocasión lo tiene todo previsto, avezado al fenómeno y por tanto decidido a aguantar el tipo y a sobrellevar las cosas, cada vez se repite lo mismo y se ve impotente, es superior a sus fuerzas: no se encuentra bien.

Pierde el gusto por todo en esas fechas, incluso se siente incapaz de emitir una sola opinión firme. Si no nieva, lo lamenta y piensa que es una pena: por lo menos, ya puestos en esa tesitura, sería bonito. Pero si, respondiendo a sus lamentos, se pone a nevar, todavía es más lamentable porque la nieve se transforma en barro. Por no hablar de los regalos. Le hacen uno, es una birria. No se lo hacen, huelgan comentarios. No hablemos tampoco de las comidas que la gente se mata haciendo, dejándose las uñas para perfeccionar el menú: cuanto mejor aspecto ofrece y más apetitoso parece, más le sabe todo a cartón.

Con tan acerbo estado de ánimo se dirige, al salir del hotel, hacia el domicilio de los Axelrod, donde, sin más alternativa, es invitado a esa maldita velada. La calle, esa noche: flanqueados por miembros del Ejército de Salvación de uniforme y de papas Noel de todo jaez agitando campanas, orfeones maltratan himnos ya de por si tristes, corales entonan cánticos absurdos en las esquinas de las avenidas enguinaldadas con espantos policromos, surcadas de tiros de caballos con cascabeles, las aceras desbordantes de una multitud excitada y con sombreros, mejillas violáceas y regalos empaquetados bajo todos los brazos. Gregor ha de abrirse un camino delirante entre los hombres prematuramente borrachos, las mujeres que reprenden a frenéticas chiquillerías, los landós, los carretones de mano y las sillas de ruedas.

Recibido por los sonrientes labios rojos de Ethel y por un Bloody Mary a juego que le alarga Norman, Gregor se frota primero las manos ante la chimenea como suele hacerse en tales casos antes de mostrar el regalo. Es una estrella de vidrio creada por él, de intensidad luminosa variable y colores cambiantes, que centellea misteriosamente sin cesar y sin conexión alguna. Encaramado a una silla y ante los aplausos de los Axelrod, fija la estrella en la copa del abeto ya cuajado de las clásicas bolas, angelotes y pequeñas palmatorias. A continuación pasan a la mesa para celebrar la clásica cena de fiesta —pasemos por alto el sempiterno menú—, y a los postres los Axelrod hacen sus regalos a Gregor, por parte de Norman una edición de Wordsworth encuadernada en piel de becerro, y de Ethel una corbata de crespón de China con reflejos tornasolados.

Aunque tiene ya un montón de corbatas y nada que hacer con Wordsworth, Gregor no exterioriza su malhumor durante la velada: el que no sonría nunca no tiene nada de excepcional, pero cuando es preciso, sabe mostrar una apariencia sociable

antes de proceder, llegado el momento, a una delicada dosificación temporal, despidiéndose lo antes posible si bien demorándose lo suficiente para que los anfitriones no vayan a pensar que se aburre. Único momento que le levanta un poco el ánimo: al acompañarlo a la entrada mientras Norman, de espaldas, renueva sus horrendos digestivos, Ethel, quizá un poquito borracha, le anuda en plan de broma la corbata nueva en torno al cuello. Pese a su aversión, incluso con ella, a los contactos físicos —y pese al temor, brusco e irreprimible, que le asalta un instante de que le estrangule—, le sorprende encontrarlo excitante. ¿Una pequeña erección, Gregor? Bueno, por una vez.

De regreso en el Waldorf, encorbatado y con Wordsworth bajo el brazo, Gregor encuentra en el correo de la noche la respuesta de su carta a Morgan hijo. Se reduce a una factura de 684,17 dólares de intereses devengados por los préstamos concedidos por su padre, acompañada de la felicitación navideña del heredero. Así pues, nada que esperar por ese lado, el año entrante se anuncia delicado.

A la espera de que mejoren los tiempos, Gregor atravesará días casi vacíos, inhabitualmente estériles para un hombre a quien nunca se ha visto ocioso. Se acuesta más temprano, se levanta más tarde, pasa menos regularmente por el despacho, donde por lo demás, cuando va, apenas se levanta del canapé negro. En sus ratos perdidos —a decir verdad, todos se lo parecen— le vienen a la mente ideas desiguales referentes a la propulsión de los fluidos, e imagina diferentes proyectos al punto abandonados: un taquímetro automóvil, un desencadenador de maremotos o una aeronave sin alas. Esta última consiste en un paralelepípedo en forma de cocina de gas, que podría entrar y salir por una ventana en caso de necesidad. Semejante idea nos arrancaría una sonrisa de estar de humor para ello, pues a primera vista no parece tener derivación alguna. Y sin embargo haríamos mal sonriendo: quince años después conocerá un gran éxito en forma de avión con despegue y aterrizaje vertical, pero demasiado tarde para Gregor, por más que registre maquinalmente la patente.

Comoquiera que sea, Gregor no parece creer ya mucho en todo eso. No obstante su pequeña gloria y su éxito mundano, su sucesión de fracasos lo aboca por primera vez a no querer ya hacer nada, sin amargura ni resentimiento: ya sólo queda esperar y ver, y se acabó, la vida no es más que una larga sala de espera, ni siquiera provista de revistas arrugadas en una mesa baja ni de las miradas furtivas que intercambian los pacientes.

Sus acreedores también esperan. Gregor ha tendido siempre a olvidarlos como si no existieran, y llevan tanto tiempo esperando que ellos mismos tampoco están muy seguros de su propia existencia. Como si, aun controvertida, una personalidad famosa tan mundialmente pública redujera a poca cosa sus miserables personas privadas, impidiéndoles osar manifestarse para reclamar lo que se les debe.

Por un efecto de inversión, poseído por la idea de su grandeza al margen de todas las leyes, tal vez Gregor ha acabado considerándolos como si en el fondo hubieran pasado a ser sus deudores, habiéndose transformado a sus ojos los pagarés en título de nobleza, en un honor tal que le resarce ampliamente de sus deudas. Visto bajo ese ángulo resultaría incluso mezquino, y aun deshonesto, que los acreedores esgrimieran su derecho a cobrar. Las deudas, con todo, se acumulan y se agrandan. Los acreedores, con todo, siguen en sus trece, cada vez más en sus trece: tan sólo falta un leve desencadenante para que las cosas se inviertan en sentido contrario.

Será un miserable asunto de impuestos locales, una cantidad minúscula y que sin duda Gregor considera indigna de él, la que produzca el fatal desencadenante: la mecánica de los procedimientos lo lleva a ser llamado a juicio como todo hijo de vecino. Y al intervenir el fisco, que no es una persona física, la ley parece imbuir a los particulares la idea, el ejemplo y la autorización de manifestarse. A partir de entonces todo se condensa a velocidad galopante, todo se acelera y nada se arregla: sale a la luz que Gregor está bastante más arruinado de lo que se pensaba, de lo que se imaginaba él mismo, toda vez que su contable nunca se había aventurado a notificárselo. Se ve obligado a admitir que no sólo no tiene ya nada, sino que debe una enormidad de dinero a una enormidad de personas, entre las cuales numerosos sastres, boteros, camiseros, restauradores, floristas y otros proveedores, por no hablar de una legión de subcontratistas ni sobre todo del Waldorf Astoria, donde lleva años viviendo, a crédito, por todo lo alto.

Ya sé que Gregor es antipático y desagradable y que ello induce a pensar que lo tiene bien merecido, pero aun así. Lo tenemos sin un céntimo y amenazado con la cárcel en un momento en que Edison, Westinghouse, Marconi y compañía, beneficiándose de sus ideas adquiridas a bajo precio, si no abiertamente robadas, prosperan en sus negocios y ganan dinero a espuertas. No solamente expoliado, ve con amargura cómo numerosas empresas que viven exclusivamente de sus propios inventos, se expanden fructíferamente sin que él reciba un mísero dólar. Es una total deslealtad, pero Gregor, con el talento que le conocemos para sacarse milagros de la manga, logrará salir adelante rondando a los multimillonarios. Cien mil dólares por aquí, cincuenta mil por allá, consigue saldar la mayoría de sus deudas y, para enjugar el resto, vende el terreno de Long Island donde se alza su torre inconclusa. Asimismo

se ve obligado a replantearse su tren de vida a la baja y abandonar el Waldorf por el Hotel Saint Regis, donde se instala en la planta catorce —que no es divisible por tres, ya ni siquiera puede imponer todos sus caprichos—, pero que tampoco está nada mal.

La torre de Long Island, no obstante, está lo bastante avanzada como para resultar sospechosa a ojos del ejército, que ordena derruirla seis meses después, viendo en ella una posible base de espionaje en un momento en que Estados Unidos acaba de entrar en guerra y no en una guerra cualquiera, como el jueguecito con España de veinte años atrás. Una guerra pura y simplemente mundial, mortífera por demás y que, si bien todavía no ha llegado el momento —aunque se acerca— de los bombardeos aéreos, se desarrolla especialmente en el mar: los submarinos alemanes, que hunden a diario treinta y cinco mil toneladas de flota aliada, comienzan a plantear un auténtico problema.

Leyendo en los periódicos que el estado mayor de la marina las pasa moradas para detectar esos sumergibles, Gregor, siempre ojo avizor, recuerda una vieja idea suya. Una oscura historia de ondas estacionarias, de impulsión atmosférica, de irradiación y de fluorescencia que a su entender resuelve el auténtico problema y que corre a someter al estado mayor. Alzando unánimemente los ojos al cielo al verlo aparecer, el estado mayor le sonríe cortésmente asegurándole que le escribirán. No bien desaparece Gregor, todos coinciden en rechazar la nueva chifladura de ese iluminado, prefiriendo echarla en saco roto. Esperarán a que se produzca una segunda guerra mundial para concluir que en el fondo la idea no es tan mala puesto que se convertirá en un instrumento de defensa universal, y que es ni más ni menos que la del radar.

Por cierto, dice Gregor regresando a la mañana siguiente, si lo desean tengo una o dos más. Los hombros de los oficiales del estado mayor, agobiados, se encorvan a su llegada para de inmediato erguirse al oírlo. El proyecto es de primera. Es un artefacto no tripulado, sin alas ni motor, que podría dirigirse a distancia para enviarlo a soltar explosivos a un punto cualquiera del mundo, a la distancia que se quisiera. No está mal, ¿no? Las caras se alargan al unísono ante la exposición de ese objeto disparatado, inverosímil y sin futuro, aunque habría de convertirse en lo que actualmente denominamos misil y cuyo uso nos es más que familiar. Hemos de meditarlo, le dicen, le mantendremos al corriente. Bien, dice Gregor, tengo también un modelo de nave-robot si les parece, ¿no les tienta? Pero ya no le escuchan, miran hacia otro lado, se masajean el cráneo encendiendo puros, a la espera de que se canse y esfume de una vez.

Es antipático, tiene muchos defectos pero tonto no es. Advirtiéndole que han dejado de escucharle, que ya no le escucharán, parece incluso abdicar de su entusiasmo. Sus ayudantes lo ven cambiar gradualmente de vida cotidiana, como si se resignara a la ociosidad, además muy pronto no podrá pagarles. Menos asiduo del despacho y del

laboratorio, deambula con frecuencia por la estación de Grand Central, por más que no tenga que tomar tren alguno. Y más regularmente, en realidad ya a diario, regresa a Bryant Park a alimentar a sus eternos bichos, echando mano, para sustituirle en caso de impedimento, de los servicios gratuitos de un recadero de la Western Union con quien simpatiza porque, en sus ratos perdidos, cría él mismo palomas mensajeras.

La paloma, no obstante.

La paloma cobarde, bribona, sucia, insulsa, tonta, abúlica, vacía, vil, inane.

Nunca enternecedora, profundamente inafectiva, la paloma cochambrosa y su voz estúpida. Su vuelo de carraca. Su mirada sorda. Su absurdo picoteo. Su occipucio descerebrado sacudido por un lastimoso vaivén. Su vergonzosa indecisión, su sexualidad desoladora. Su vocación parasitaria, su ausencia de ambición, su crasa inutilidad.

Sin comparación con el gorrión, que posee su encanto, con el mirlo, que sabe modular la voz, con el cuervo, que no carece de prestancia, con la urraca, que es estilosa, peor que el carroñero, que al menos tiene una meta en la vida, con la sensualidad de una rata, la gracia de un tábano, menos elegante que un gusano, más gilipollas que el catoblepas.

Mataríamos una paloma sin más vacilación que si aplastáramos una cucaracha, y sin embargo es tan anodina que nos abstenemos de hacerlo. Por pereza o por amor propio, nos aguantamos las ganas de soltarle un puntapié como no sea para hacer algo de ejercicio y ni eso, no merece la pena, no sea que nos manchemos el zapato. Y que no se me objete que, como mensajera, ha desempeñado alguna misión en tiempos de guerra, puede darse por contenta de haber asumido ese papel de mecanismo volador.

Asquerosa paloma, ni siquiera comestible, repulsiva en su lecho de guisantes harinosos. Y sin embargo está convirtiéndose en el plato favorito de Gregor y muy pronto en el único, toda vez que el inventor ha acabado alimentándose exclusivamente, solitario en su exigua habitación, de la carne blanca que envuelve la quilla del animal. Extraña cosa.

Sí, resulta curioso pero podemos intentar comprenderlo. Podemos imaginar que, por una lógica especial, si Gregor alimenta a las palomas, tampoco resulta inconcebible que éstas en contrapartida lo alimenten. Podemos pensar también que, puesto que tanto las ama, ha de amarlas hasta el final. Debemos recordar sobre todo que, comprada en la carnicería, la paloma no es nada cara.

Y es que ahora sí que, ya de verdad, Gregor no tiene una perra. Aunque la dirección del Saint Regis, mediante su traslado a esa habitación más estrecha, accede a cerrar los ojos a esas notas impagadas, se acabó tener acceso al restaurante del hotel. Se acabó también mantener un laboratorio ni locales administrativos. Y como sea que Gregor insiste aun así en mantener su actividad, siquiera en apariencia, se ha visto obligado a sustituir a su contable por los servicios puntuales de un gabinete de gestión, y sus ayudantes por el joven recadero colombófilo de la Western Union, poco exigente en cuestión de honorarios y a quien emplea como aprendiz a media jornada.

Los Axelrod le han proporcionado lo necesario para instalar un despacho en un cuartucho del Hotel Blackstone, donde Gregor se esforzará en vender por correspondencia algunos proyectos de nuevas máquinas. Pero éstas parecen cada vez más concebidas como para matar el tiempo, menos por convicción que por automatismo y mera costumbre de inventar. Un compresor de fluidos elásticos. Un pararrayos en serie. Un faro de locomotora. Un turboalternador hidráulico. Todos ellos dispositivos cuyas notas explicativas, donde se reconoce el humilde estilo de Gregor, encarecen su carácter innovador incluso revolucionario, manejable, altamente sofisticado y, en suma, de aplastante superioridad.

Pero estas operaciones, como tantas otras, no tendrán salida alguna. Y ello no obedece tan sólo, como deplora Gregor, a la indiferencia de sus contemporáneos. Sucede también que en él nada funciona ya, su estado se deteriora. Aquí y allá, por detalles y gradualmente, se observa cómo se deteriora la mente, al igual que la materia. Ello se produce mediante un aumento y una disminución de fenómenos. Se suman elementos solapados —suciedad, polvo, hongos—, mientras otros valiosos se degradan —desgaste, cansancio, erosión—. Por no hablar de la herrumbre que ataca, corroe y devora tanto las neuronas como los átomos, donde manifiesta sus efectos a través de una serie de morosidades, crujidos, dolores, indolencias y aproximaciones. Es un proceso lento, tortuoso, al principio imperceptible y que, en ocasiones, salta bruscamente a los ojos.

Y así, sucede que acude a la mente de Gregor una idea que, a su entender, nadie había tenido hasta entonces. Es un audaz procedimiento consistente en desgasificar el cobre y mediante el cual, una vez eliminadas todas las burbujas de gas que contiene, se obtendrá un metal más denso y por ende muy superior. Gregor, echando toda la carne en el asador, consigue someter tan intrépida invención a un servicio de investigaciones metalúrgicas. Impresionados por su reputación, los ingenieros la examinan, pero al punto se percatan de que, con ser un conspicuo investigador de la electricidad, Gregor conoce mal la ciencia de los metales. Tras concertar una entrevista, conscientes de su susceptibilidad, lo tratan con gran consideración y tienen

mil miramientos para señalarle que su atrevido sistema, aun siendo interesantísimo, no tiene salida alguna: extraer las burbujas de gas del cobre es tanto más difícil cuanto que en el cobre no hay burbujas de gas. No es extraño pues, le exponen pausadamente, que a nadie se le haya ocurrido ese sistema hasta ahora. Gregor recoge sus papeles sin contestar y se retira alisándose el bigote.

Sucede asimismo que registra, sin siquiera haberlas llevado a término, una serie de patentes pergeñadas sobre la mecánica de los fluidos que le aceptan no sin indulgencia, y aun con un asomo de conmiseración. Sucede cada vez más frecuentemente que los balances, proyectos, informes y perspectivas redactados por Gregor, cuando ofrece a quienquiera que sea sus servicios de consultor, son sistemáticamente rechazados, con lo cual las pocas sociedades que se empeña aun así en querer crear resultan improductivas apenas son creadas. Todo ello, entre años buenos y malos, no da ya más que migajas, no sirviendo en cualquier caso más que para saldar una mínima parte de las deudas pendientes y pagar al recadero una vez de cada dos. Una vez de cada dos por media jornada: resentido, y eso que pide poco, el recadero opta por consultar las ofertas de empleo.

El que Gregor comience desde entonces a tratar cada vez con menos gente, al margen de que no cuenta con medios para hacerlo, obedece a que han acabado por quitársele las ganas. No es que sea dado en modo alguno a la bebida, pero desde la implantación de la Ley Seca lo que le incomoda son sus consecuencias: el ambiente creado ya no es de su gusto. Lo que se llamará más adelante los años locos —alcohol de madera en los bares clandestinos, mujeres emancipadas y charlestón, Al Capone, Al Jolson, quiebras bursátiles y juventud dorada—, todo eso le disgusta no poco. Comoquiera que la compañía de los hombres por no hablar de la de las mujeres le resulta cada vez más ingrata, al final sólo le quedan las palomas.

Respecto a éstas, Gregor da un paso más, troca su papel de nodriza por el de niñera: no limitándose ya a alimentarlas, ahora decide cuidar de ellas. Tras documentarse escrupulosamente sobre el orden granívoro, decide estudiar con detenimiento sus usos y costumbres, sus hábitos y sobre todo su anatomía patológica. Pertrechado con un maletín de primeros auxilios, recorre sin desmayo las calles, los muelles, los jardines, sin quitar ojo a esos animales y detectando al instante los indicios alarmantes en su comportamiento —tristeza, enflaquecimiento, tos silbante, artritis o cojera, diarreas y tortícolis— para auxiliarlos de inmediato in situ. Escayolado, inyección, desinfección, masaje, administra las terapias idóneas para cada caso, aunque absteniéndose de intervenir ante síntomas más graves: cuando por ejemplo una paloma se pone a caminar hacia atrás o, apuntando mal, no acierta a picotear el grano, Gregor sabe no achacar tales conductas a la proverbial estulticia de la especie —que niega en cualquier caso—, sino a un ataque de paramixovirosis, afección de consecuencias fatales y sin más salida que la eutanasia, que Gregor

rechaza por igual.

Hasta que espontáneamente se le ocurre la idea, ya puestos, de pasar del tratamiento ambulatorio al prohijamiento institucional, y montar una clínica para palomas. Pero va a surgir entonces un problema de locales. Consciente de que la dirección del Saint Regis se mostrará reticente en grado sumo a tal proyecto, Gregor no puede albergar por mucho tiempo a elementos enfermos en su habitación. Así pues, decide no acoger más que a uno cada vez, caso por caso, para efectuar el seguimiento médico a corto plazo o en casos de urgencia. Con esa finalidad alquila en una pajarería cercana al hotel una gran pajarera que servirá de sala de espera y donde acomodará a sus pacientes antes de pasar la visita. Entretanto prosigue sus estudios teóricos y prácticos, perfeccionándose en el cuidado de las alas magulladas, las patas rotas, las gangrenas y las alopecias, pronto para diagnosticar la viruela a primera vista, identificar la gota, detectar la tetramerosis, distinguir el enfisema de la aerofagia, y sin recurrir al cuerpo veterinario salvo cuando una patología demasiado solapada o específica se le pasa por alto.

Pero su pasión no se contenta con esta primera actuación. Como le pesa cada vez más separarse de sus pacientes, Gregor decide desafiar las normas del hotel y conservar un grupito permanente en su habitación, donde, previamente, fabrica una serie de nidos confeccionados con cordel, alambre y algodón, antes de almacenarlos. Y una noche, a altas horas, burlando mediante una estratagema la atención del portero nocturno, hace transportar clandestinamente hasta la planta catorce una gruesa caja tapada que contiene seis aves tullidas.

De entrada sólo instala en su habitación un grupito rotatorio, no más de media docena. Obligado en ocasiones a ausentarse para atender los contados negocios que le quedan en su despacho del Blackstone, Gregor encomienda los animales a una camarera cuyo silencio compra a bajo precio, encargándole velar por ellos según estrictas instrucciones. Pero muy pronto perderá la contención y se multiplicarán los nidos, pues las candidaturas de inválidos no escasean. Al poco serán quince palomas heridas las residentes, después veinte, después treinta, y enseguida la camarera no dará abasto para atenderlas. Gregor habrá de echar mano de dos mujeres más para montar turnos de guardia a su cabecera. Toda esa pajarería se pone a zurear fortísimo, empiezan a difundirse extraños olores por la planta del hotel, los clientes deciden quejarse y la dirección del Saint Regis emplaza a Gregor instándole a poner término a su clínica aviar.

Una vez cerrado el establecimiento y ya desinfectados los locales, Gregor debe resignarse a la soledad, limitando sus cuidados a sus visitas diarias a la pajarera, transformada en dispensario adonde traslada regularmente nuevos pacientes luchando por que se restablezcan. Pero ya no es lo de antes, siempre sale de allí una pizca melancólico y a veces, por no volver a la habitación del hotel desierta y para pensar

en otra cosa, se da de nuevo una vuelta por la estación de Grand Central o, como esta tarde, por ejemplo, va a cortarse el pelo.

Recién peinado, pulcramente rasurado, el bigote reconvertido en un fino trapecio, Gregor sale una hora después del establecimiento de su barbero. Está junto a una peluquería de señoras de donde, al haberse pasado la moda, una empleada barre hacia la acera las largas melenas cortadas, que forman un movedizo y difuso montón de zonas morenas, rubias, pelirrojas, negras enmarañadas, más raramente blancas o grises. Ahí avista Gregor, claudicante y tullida, en el sector rubio donde se ha extraviado, una nueva paloma.

Gregor examina al animal. Un largo cabello de visos rubio platino o veneciano se ha anudado en los dedos de su miembro inferior derecho y, tras enredarse a su vez en el izquierdo, el animal queda trabado. A cada movimiento que hace, el cabello penetra más profundamente entre las escamas que le cubren las patas, ligazón que, al ir apretándose, comprime la circulación sanguínea. El ave, paralizada, intenta mediante impulsos reemprender el vuelo, pero en vano, incapaz de despegar batiendo las alas, bimotor privado de su tren de aterrizaje.

Aunque las palomas, a veces, se muestran absurdamente remisas cuando Gregor las recibe con todo su corazón, resistiéndose con pico y uñas hasta el punto de herirle, aunque se debaten como una anciana a quien queremos ayudar a cruzar la calle sin que nos lo haya pedido, Gregor la coge sin el menor esfuerzo. Ciñéndole el pico con una goma para imponerle silencio y ocultándola bajo un faldón de la levita, la lleva discretamente al Saint Regis, desafiando las normas del hotel.

Ya en su habitación, baña las patas a la paloma en una solución de agua tibia y desinfectante. Dejándola en maceración, prepara el material operatorio idóneo: bisturí, pinzas de depilar, mondadientes. A las tres horas, juzgando ese baño suficiente para ablandar la carne, estudia hacia dónde conviene deshacer la traba. A continuación, introduciendo el palillo entre la pata y el pelo incrustado, secciona éste en segmentos sucesivos practicando pequeños cortes con el bisturí y devanándolo progresivamente con la pinza.

Bastarán veinte minutos para culminar esta operación, tras la cual, estima Gregor, se requerirán dos o tres días para que el animal recobre la elasticidad. Pero, entretanto, lo observa. Lo observa largo y tendido. Lo observa tanto, durante las horas siguientes y casi sin querer, que una emoción de modelo y hechura desconocidos parece adueñarse de él ante su vista. Es un embeleso atento, maravillado, solícito, rejuvenecedor, tensión sin bajada de voltaje que hasta la fecha no ha experimentado con nadie y de la que da en preguntarse al caer la tarde si no se tratará de un afecto del que tan sólo ha oído hablar sin prestarle nunca atención, un sentimiento difícil de definir, cómo encontrar la expresión exacta. Un estado, adelante con la palabra, pongamos que amoroso.

Esta paloma es a decir verdad una hembra con plumas de purísima blancura, alas delicadamente listadas de gris claro y garganta tornasolada de malva. Su pico escarlata está moteado de amarillo azafrán, sus patas teñidas de un rosa que oscila del púrpura al gris lluvia, y su cola, inmaculada, se alza un poco al modo del pavo real. Su genealogía debe de ser por lo demás exótica, pues sus ojos, por lo común redondos en los comedores de grano, no sólo son rasgados sino que incluso, caso único, están orlados de pestañas. Su timbre suavemente ronco, su porte elegante y medroso y su forma de inclinar la cabeza hacia un lado, volviéndose con mirada nostálgica, encogen el corazón a Gregor y hacen asomar en sus ojos una suerte de lágrimas.

Síntoma de debilidad en él, reviviscencia de sus ideas de grandeza, como no sea preludio de chochez: sin que su mente racional alcance a ahuyentarlas, esa ave le trae a la memoria las declaraciones de los iluminados que, en los tiempos de su gloria juvenil, aseguraban que había aparecido entre nosotros a lomos de una paloma. Luego germina en su cerebro siempre fecundo la idea de que podría entablarse entre ella y él algo similar a una conversación, no más impensable con ella, si bien se mira, que con los marcianos.

Y así, le dedica toda una intensa semana, tras la cual, ya restablecida de su minusvalía motora, sería conveniente liberarla ateniéndose a las normas del hotel. Sin embargo, aunque en principio totalmente recuperada del asunto de las patas, la paloma parece aún un poco indispuesta, se la ve melancólica y cansada. Desde luego podría dictaminarse que esos indicios responden meramente a la convalecencia y que sería suficiente instalar al animal en la pajarería para que acabara de restablecerse, pero Gregor ha de reconocer que él no podría sobrellevarlo. Es ya tal su apego que desprenderse de ella le causaría sufrimiento. A espaldas de todo el mundo y vulnerando las leyes hoteleras, toma la decisión de instalarla permanentemente en su habitación, y vivir con ella como con la novia que nunca tuvo.

Con todo, ese vínculo no puede mantenerse en estado de fusión perpetua, pues el resto de los negocios de Gregor lo obligan de vez en cuando a salir al exterior, y, como es sabido, la vida en común supone como mínimo telefonear tres veces al día al ser amado cuando se ve uno obligado a alejarse de él. Y así, con el mayor secreto y mediante propinas exorbitantes habida cuenta de su presupuesto, recurre de nuevo a la encargada de su planta para que se ocupe del animal en su ausencia. Cuando debe atender gestiones u obligaciones, la mujer se encarga de contestar a sus seis llamadas diarias para dar cuenta del estado de la paloma, a la que debe asimismo alimentar según un régimen cuidadosamente dosificado. Una selección de grano fresco y variado se halla depositada permanentemente en la habitación.

Entre las obligaciones de Gregor, único vestigio de su mundanidad, tan sólo subsisten las cenas rituales de los martes y los viernes en casa de los Axelrod. Como,

transcurridos unos días, no tardan mucho en encontrarlo extraño, distraído, preocupado, el inventor debe rendir cuenta mediante alusiones veladas a la aparición de alguien en su vida, pero, consciente de la excentricidad del fenómeno, sin atreverse a confesar que se trata de un animal. Dado que se ha instalado un malentendido en la mente de Ethel, ésta manifiesta al principio un interés fingido, seguido de una irritación solapada y luego de abiertos celos disimulados so capa de frialdad. Al final, como los enamorados no pueden callar mucho tiempo su pasión ni evitar exponerla al detalle en cuanto pueden, Gregor ha de precisar que el objeto de ésta no es lo que se denomina una amante sino un accesorio de orden columbido, cosa que Ethel acoge primero divertida y luego con vivo alivio.

Pero como Gregor, una vez que lo ha dicho, no puede evitar suministrar más y más detalles, y pasa a designar a la paloma no como un animal de compañía sino en términos más propios de una pareja humana, como muy pronto sólo sabe hablar ya de ella, el alivio divertido de Ethel da paso a la irritación y luego a la exasperación hasta que reaparecen los celos, ahora más vivos al estar teñidos de incompreensión, de despecho si no de desprecio, y camuflados tras una frialdad más viva si cabe, ello para entera satisfacción de Angus Napier.

Entretanto, el joven de rostro medroso ha afianzado su posición junto a Norman, escurriéndose de su sombra para adquirir una individualidad. Ya no es únicamente secretario, ocupa un puesto a medio camino entre el de socio y el de hijo adoptivo, consolidando su posición en casa de los Axelrod sin abdicar de la idea de seducir algún día a Ethel por fin, aunque creyéndoselo cada vez menos.

Dos cosillas más han cambiado sin embargo para Angus. Los emolumentos que percibe de Norman le han permitido, a base de mucho ahorrar, adquirir a crédito un hermoso descapotable marca Duesenberg con motor de 8 cilindros en línea, un torpedo de laterales verdes y capó azul, amplias aletas oscuras protegiendo las ruedas de immaculados neumáticos, llantas y radios de un amarillo rabioso. Es lo más elegante y caro que hay en el mercado, Angus se ha empeñado hasta las cejas para comprar ese coche demasiado grande para él. Aunque no se advierta en sus ojos todavía sobrecogidos por el gasto, Angus está encantado con él. En cuanto puede, pone el Duesenberg a disposición de Ethel para llevarla a hacer sus compras. Pero comoquiera que ella rechaza la invitación las más de las veces y la Ley Seca se ha levantado hace poco, la segunda cosilla es que Angus intenta olvidar ese escollo amoroso bebiendo, lo cierto que de modo inmoderado. La mirada que fija en Gregor es siempre violentamente hostil pero por ello también un tanto desdibujada, y, tras ese aire aterrorizado, tampoco se nota mucho.

Respecto a la mirada de Gregor a la paloma, el inventor está cada vez más preocupado. Como la salud de ésta parece cada vez más precaria, se afana en hacerla recobrarse variando su régimen alimentario o paseándola a orillas del Hudson y por

las playas de Long Island, intentando fortalecerla con el aire marino o, según sus viejas teorías, mediante ligeros electrochoques a que la somete con una vieja dinamo. Una mañana, le organiza incluso unas vacaciones confiándola al recadero, cuyos padres viven en el campo, no sin entregarle una interminable lista de recomendaciones. Ni que decir tiene que se separa de ella a su pesar, pero cualquier cosa es buena para que se restablezca el animal, al que una semana de aire puro sólo puede sentar bien. Ese día Gregor se encuentra muy solo desde el final de la mañana, pasa una tarde triste y larga sin salir de su casa ni poder trabajar, cosa que hace cada vez menos, ni siquiera lee los periódicos, que hojea sin verlos. Se dispone a cenar solo en su habitación más pronto que de costumbre cuando unos chasquidos insistentes le hacen volverse hacia la ventana y resulta que es ella, que, extenuada tras regresar por sus propios medios, golpea débilmente el cristal con el pico. Y a Gregor le palpita el corazón cuando le abre la ventana.

Así y todo, en días sucesivos nada parece arreglarse. A veces reticente a tomar alimento, el ave muestra una extrema fatiga, con momentos de ausencia durante los cuales surgen muy pronto ataques de tos, al principio discretos, después cada vez más roncós y espasmódicos, alarmantes, acompañados de subidas de fiebre. No obstante sus conocimientos, Gregor se ve obligado a consultar urgentemente la opinión del veterinario. Tras largas auscultaciones y palpaciones, una fundoscopia, una toma de tensión y tres golpes con el martillo de reflejos, el facultativo alza hacia Gregor una mirada fatídica sacudiendo lentamente la cabeza para formular el diagnóstico. Al igual que Madame de Beaumont, que Marguerite Gautier, Germinie Lacerteux, Claudia, Fantine, Francine por otro nombre Mimi y otras heroínas clásicas, lamentablemente hay que admitir que la paloma presenta todos los síntomas de la tuberculosis, mal que, en esos tiempos, no tiene cura.

Diez años después, Gregor se está enfundando los calcetines antes de buscar los zapatos debajo de la cama. Lentamente, se los calza con esa cara seria que ponen a veces los hombres de su edad cuando se enfrascan en tales actividades, una expresión grave de niño viejo solitario, al margen del mundo y concentrado en su tarea.

Cierto que su cuerpo y el entorno han cambiado. El espacio hotelero ha menguado a su alrededor, pues tan sólo dispone ya de un cuchitril abierto a un patio y, aparte de que sus manías no han hecho sino acentuarse con la edad, sus gestos son más lentos y un poco más atropellados, a ratos levemente temblequeantes. Cuando echa un vistazo por la ventana, sus ojos no pueden ya posarse en la inmensidad neoyorquina como era aún posible desde su planta catorce del Saint Regis, que cubría toda la ciudad hasta el río. Se acabó el gran cielo poblado de relámpagos por encima del skyline. A través de los cristales del Hotel New Yorker, donde reside ahora, no tiene más que una pared ciega enfrente y, tras él, fijada en un trípode, la paloma disecada.

Cuando murió, primero la hizo enterrar con gran pompa. Al poco se arrepintió, la mandó exhumar y puso sus despojos en manos de un taxidermista. Pero el animal, aun embalsamado, continuaba según la exasperada dirección del Saint Regis atrayendo a los parásitos, puro pretexto, las molestias más preocupantes eran los impagos que acabaron llevándolos a poner a Gregor en la calle.

Y así, de un año para otro, fue mudando de hotel en hotel, todos ellos situados más o menos en el mismo perímetro pero cada vez de inferior categoría a tenor del derrumbe de sus ingresos. Alojado primero en el Pennsylvania, hubo de conformarse después con el Governor Clinton, para finalmente ir a parar al New Yorker, de mucho menos relumbrón pero mucho más barato y, lo más importante, donde se avienen a cerrar los ojos respecto a sus aves, que están allí por decenas.

A los setenta años, solo como siempre en su habitación, esta mañana acaba de vestirse. Aunque su ropa sigue concienzudamente limpia y planchada, ya no la cosen los mismos sastres que tiempo atrás, aun cuando Gregor ha conservado algunas prendas de sus tiempos de esplendor, mimadas con esmero para no usarlas más que en las grandes ocasiones, cada vez más infrecuentes. De sus doscientas camisas sólo le quedan por ejemplo media docena, y el resto de su ropa se ha reducido en la misma proporción. Algunas de sus camisas, gastadas en los puños, presentan también cierto roce en torno al cuello, Gregor se ha visto obligado a aprender a coser un botón caído, a reforzar un dobladillo, y a llevar una camisa a la costurera de la esquina para que le dé la vuelta al cuello cuando lo impone el desgaste. Por otra parte, le ha parecido detectar un extraño olor en la que acaba de ponerse, leve perfume amalgama de polvo agrio y mantequilla un pelín rancia. Dado que, pese a haber vivido lo suyo,

esa camisa está como cada día impecablemente limpia, Gregor suspira resignándose a pensar que ese fenómeno proviene de su propio cuerpo, de su hastío y de su alteración.

Se embute meticulosamente los calcetines. Son calcetines largos, casi medias que trepan hasta la rodilla y que requieren determinada técnica una vez se ha remangado el pantalón. Gregor centra con precisión su extremo a la altura de la línea de los dedos para que después se ajusten perfectamente al talón. A continuación hay que estirarlos con esmero a lo largo de la pierna sin que formen arrugas. Luego calzarse, atándose con lentitud y método los cordones en forma de trencilla y haciendo doble nudo. No es muy elegante doblar la trencilla, Gregor no lo hacía antes, pero aunque no sea elegante, es más seguro. De ese modo se evita que se desate un cordón a lo largo del día, obligándole a agacharse para atarlo.

Tales movimientos, cada vez es más consciente, lo dejan exhausto.

Con el pelo ya más escaso y gris, ha acabado afeitándose el bigote al comprobar que se mantenía negro como sus cejas, que no piensa tener la coquetería de teñirse. Con todo, sigue igual de delgado, despierto, ágil aunque menos flexible, pero su morfología va ligada sin duda con un régimen alimenticio bastante estricto. Porque si bien es cierto que el restaurante del New Yorker es de inferior calidad que los de los hoteles anteriores, la cuestión ya no se plantea en esos términos puesto que Gregor no puede permitirse ir allí. Al no disponer de fondos suficientes para alimentarse normalmente, tan sólo se nutre de leche caliente y pastas, procurándose éstas en cajas metálicas esmaltadas, siempre de la misma marca y que conserva una vez vacías. Tras aceptar los gerentes del hotel que un carpintero instale estanterías en una pared de su habitación, ha depositado el resto de sus posesiones en esas cajas escrupulosamente numeradas. Ocupan la pared de enfrente las jaulas que albergan a sus huéspedes, igualmente elaboradas por ese artesano, que incluso ha confeccionado, según los planos de Gregor, una pequeña ducha equipada con cortinas de la que disfruta cada paloma tres veces por semana.

Los primeros meses siguientes a su instalación en el New Yorker, Ethel acudía a verlo de vez en cuando, pero enseguida, demasiado orgulloso para soportar que ella viera de cerca los progresos de su declive, Gregor dejó de aceptar sus visitas. Sólo se ven ya fuera, concretamente en los jardines adonde lo acompaña, y se encarga ella misma de comprar las bolsitas de grano al tiempo que la conversación decae.

Esta únicamente fenece en el registro amoroso —sin que por lo demás haya llegado explícitamente a surgir—, ya que Gregor sigue inagotable en lo tocante a sus proyectos, volviendo a su vieja historia de la nueva energía, en la que ya nadie quiere ni pensar. Le asegura cada dos por tres, a ella y a todo aquel que quiera oírle —aunque cada vez menos gente parece tener ganas de escucharle—, que ha desarrollado esa idea de la fuente energética inédita, disponible día y noche en

cualquier época del año, de cuya fabricación y transformación se encargaría un aparato de lo más sencillo. Ethel, que es ya una anciana, lo deja hablar, todo el mundo lo deja hablar, como lo dejan publicar por indulgencia en revistas de poca monta, a cargo del autor y tras una discreta intervención de Norman, los esquemas de dos proyectos más: un sistema de extracción de electricidad en el interior del mar y una central geotérmica a vapor.

Así y todo, y Gregor es consciente de ello, esas ideas no son sino recuperaciones de antiguos esbozos, comienzan a quedar un poco ancladas en el tiempo, sería conveniente encontrar una nueva. Gregor la encuentra. En esos tiempos en que la guerra comienza a amenazar en casi todo el mundo, se le ocurre una de la que está bastante ufano. Se trata en este caso de un arma invisible de gran potencia, un haz de partículas aniquilador y arrogantemente bautizado Rayo de la Muerte. El arma total.

Basada en el principio de la aceleración de partículas —tan rápidas que, para hacer daño, no necesitan ser voluminosas—, esa arma sería susceptible de detener un coche en plena carrera, un barco surcando el agua o un avión en vuelo, disolviéndolos pura y simplemente. Semejante dispositivo defensivo no sólo permitiría a todo país, grande o pequeño, débil o fuerte, asumir su propia protección, sino que lo haría indestructible de cara a las fuerzas enemigas, ya fueran aéreas, terrestres o marítimas. Su capacidad disuasoria sería tal que la posibilidad de la guerra resultaría descabellada, impensable. El arma total, en definitiva, traería consigo la armonía mundial. Cuarenta y cinco años antes, había sido ya la idea —con el valor que cada cual le quiera dar— de Alfred Nobel con sus explosivos.

Cuando el *New York Times* da cuenta caritativamente del nuevo invento del sabio, por más que suscite una honda impresión entre los lectores del diario, toda la comunidad científica se encoge de hombros a una, como de costumbre, y únicamente en Hollywood se comenta que podrían rodarse preciosas escenas, sin escatimar los efectos especiales. En definitiva, siguen dejándolo hablar, y más porque, sobre este punto, pasado el efecto del anuncio, Gregor se explaya muy poco en realidad. El que se abstenga con cautela de difundir el conjunto del proyecto, mostrándose discreto por una vez, obedece a que desconfía por partida doble. Para empezar, teme que, como ha sucedido siempre en su vida y en la historia de las ciencias, esa idea nazca en el mismo momento en otros cerebros que el suyo y que acaben robándosela una vez más. Se lo han hecho con frecuencia, está casi acostumbrado, y no quiere que vuelvan a pillarlo. Pero sobre todo teme que la explotación de su idea beneficie a un solo país, aunque sea el suyo, lo cual desequilibraría su objetivo de paz universal.

Decidiendo hacerla inaccesible para una sola potencia, una noche reúne todos los planos, los extiende sobre la mesa provisto de un bote de cola y de un par de tijeras, y los recorta en seis partes interdependientes, de modo que cada una de ellas suministre suficiente información pero sea inutilizable por sí sola y, como una pieza de puzzle,

no cobre sentido sino a la luz de las otras cinco. Esa tarea le lleva toda la noche. Al amanecer, todo está solventado. Falta meter cada parte en un sobre y aguardar a que abran las oficinas de correos. Llegada esa hora, Gregor sale a enviar sus sobres, cada uno de ellos dirigido al Ministerio de la Guerra de seis potencias mundiales.

Sale un poco caro en sellos, pero hay que hacerlo y sanseacabó. Porque así, ante esos seis fragmentos dependientes entre sí, los seis gobiernos se verán forzosamente obligados a conferenciar y a alcanzar un pacto conjunto para obtener una visión total del proyecto. Es una idea excelente, a decir verdad la única, es el único modo de que esto funcione, salvo que los ministerios no contestarán nunca.

Transcurridos diez años más, a la espera de la carta que no ha llegado ni antes ni después de la guerra, sólo quedan las palomas. No sólo las que viven bajo techo sino las de Bryant Park, a las que Gregor sigue yendo a alimentar, al caer la noche, con grano viejo de saldo.

Personalmente estoy harto de esas palomas. Ustedes también lo estarán, me doy perfecta cuenta. Estamos hartos y, a decir verdad, ingratas y versátiles como son, ellas mismas están hartas de Gregor. Cansadas de su persona y, juzgando demasiado a la baja la calidad de su avituallamiento, han decidido librarse de él.

La operación, ampliamente concertada, se desarrollará un día de invierno cuando Gregor abandona el hotel en la noche gélida y caída tempranamente, sin saludar al ascensorista ni al portero como no saluda ya a nadie tiempo ha. Pocos coches en las calles, poquísimos peatones debido al hielo. Cae una nievecilla dispersa en copos indolentes, distraídos, sobre el sombrero de Gregor durante su trayecto hacia el parque, en cuyos árboles, arracimadas en comandos, las palomas lo esperan en silencio. Mientras aguarda en la acera frente a las verjas, observando distraídamente el escaso tráfico antes de cruzar, las palomas avistan a lo lejos, en la fría oscuridad, un automóvil que se acerca. Es un vetusto Duesenberg oxidado, destrozado, casi hecho un despojo, los neumáticos de las ruedas amarillentas están deshinchados en sus dos tercios, los cristales grasientos y cascados, el capó hecho trizas, la herrumbre apenas deja entrever vestigios de verde o de azul que se confunden en su carrocería. Circula bastante despacio pero, según parece, sin demasiado control, como si el conductor estuviera borracho, que lo está.

Mientras el coche se dispone a pasar a la altura de Gregor, de súbito las palomas se abalanzan sobre él cual fuerzas de asalto y se posan sin ambages en el parabrisas, se apiñan desplegando todas sus alas, formando como una espesa capa de nieve sucia que lo obtura y lo ciega en un instante. En el interior del habitáculo, el conductor pierde de pronto la visión y, sin tener tiempo ni reflejos, ni siquiera la idea de accionar el limpiaparabrisas, su pánico centuplicado por el alcohol le hace dar un aciago golpe de volante, provocando un bandazo en el Duesenberg, que derrapa en una placa de hielo e invade la acera embistiendo a Gregor, a quien derriba. Una vez cometido su crimen, las palomas alzan el vuelo hacia sus árboles. Entretanto el conductor, regresa al asfalto y se da a la fuga zigzagueando.

Su sombrero, que ha rodado no lejos de él, descansa sobre el forro, y Gregor permanece inconsciente en la acera, tendido solo en la acera en la noche gélida. Sin duda no habría tardado en morir de frío de no haber pasado un providencial policía que hacía la ronda por allí. El hombre lo incorpora, intenta hacerlo volver en sí, lo cubre con su pelliza y silba con todas sus fuerzas pidiendo ayuda. Pero Gregor, tan

pronto recobra el conocimiento, reacciona con frialdad, se opone tajantemente a que llamen a una ambulancia y, sin molestarse en pronunciar una palabra de gratitud, exige agriamente que lo lleven con toda urgencia a su hotel.

De regreso en el New Yorker, no consiente que lo atiendan hasta que telefonen al recadero para decirle que acuda inmediatamente a buscar el grano y corra a sustituirlo en Bryant Park. Por último se presenta un médico a quien Gregor recibe como a un perro, exigiendo que se ponga guantes y mascarilla para examinarlo. El facultativo diagnostica tres costillas rotas, una fisura en la clavícula y hundimiento del esternón, y prescribe descanso absoluto de tres semanas. Pero Gregor ha pasado mucho frío y se le declara una neumonía que transforma las tres semanas en tres meses.

Cien días de soledad durante los cuales se le va a ratos la cabeza, acentuándose su obsesión por los microbios hasta el punto de que suplica a los contados visitantes, aun a los contadísimos íntimos, aun a Ethel, que se mantengan más que nunca a distancia de él, exceptuando el recadero, que le da cuenta cada noche de su misión en los parques y ante la catedral de Saint Patrick.

Aunque acaba reponiéndose de la conmoción, su salud sigue siendo fragilísima. Los trastornos cardiacos que le aquejan le provocan frecuentes síncope y se debilita por momentos, atendido por una asistente que acude a diario a limpiarle la habitación. Una mañana, Gregor pide desde el lecho a la mujer que, al salir, cuelgue del pomo de la puerta una cartulina impresa pidiendo que no se le moleste. Pese a los crecientes chillidos de las palomas hambrientas, enloquecidas en sus jaulas en torno a la cama, transcurrirán tres días antes de que se incumpla la consigna.



JEAN ECHENOZ (Orange, 26 de diciembre de 1947). Es un escritor francés, ha publicado quince novelas y ha recibido una decena de premios literarios, entre ellos el Premio Médicis 1983 por *Cherokee*, el Premio Goncourt 1999 por *Je m'en vais*, así como el Premio Aristeion y el premio François Mauriac (2006), por su novela *Ravel*. Sus obras se caracterizan por una escritura económica y descriptiva y, al mismo tiempo, dotada de gran inventiva y uso de neologismos, con especial sello de humor e ironía.

Entre 2006 y 2010, publicó tres libros contruidos sobre tres vidas reales. Dado su gusto por la música, no extraña el libro inicial, *Ravel*, que está a medio camino entre la novela y el relato biográfico (recuerda Echenoz que una de las primeras cosas que escuchó con atención en su infancia fue a Ravel). El segundo, *Courir* (2008), gira en torno al atleta Emil Zátopek. En *Des éclairs*, finalmente, escribe sobre Nikola Tesla, un famoso ingeniero en los Estados Unidos.